

BOLSILIBROS
BRUGUERA
● SERIE
**PUNTO
ROJO**

NERON II

clark carrados



COLECCIÓN

PUNTO ROJO



CLARK CARRADOS

NERON II

Colección PUNTO ROJO n.º 421

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 12.557 - 1970

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: mayo, 1970

© CLARK CARRADOS - 1970

sobre la parte literaria

© RAFAEL CORTIELLA - 1970

sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BISONTE:
1.165 — Rescate.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.025 — Cuenta corriente para morir.
- En Colección BUFALO:
860 — El tren de oro.
- En Colección CALIFORNIA:
676 — Bandera para forajidos.
- En Colección COLORADO:
648 — Fuego en el río.
- En Colección KANSAS:
588 — La larga sombra del ahorcado.
- En Colección BRAVO OESTE:
373 — La marca borrada.
- En Colección PUNTO ROJO:
413 — Las plantas carnívoras muerden.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
733 — El honor del capitán Grabb.
- En Colección ASES DEL OESTE:
453 — Se vende una pistola.
- En Colección ENVIADO SECRETO:
130 — El Gran Sol Rojo.

CAPÍTULO PRIMERO

El tiempo era frío y desapacible. Soplaban un viento más que fresco y, de cuando en cuando, las nubes soltaban algunas rachas de lluvia fina y casi helada.

Envuelto en un raído impermeable, el cuello subido y las manos en los bolsillos de la prenda, Jim Banner caminaba por la acera brillante de humedad, con la mente llena de lúgubres pensamientos.

Todo su capital, en aquellos momentos, eran dos dólares. No tenía empleo ni la menor posibilidad de conseguirlo. La compañía telefónica le había dado un plazo de cuarenta y ocho horas para abonar sus débitos, o, de lo contrario, le cortarían la línea.

Estirando un poco su menguado capital, aquella noche podría cenar en algún restaurante de mala muerte. Desayunaría al día siguiente... ¿Y después?

Banner prefería no pensarlo. No podía decirse que su porvenir fuese absolutamente negro, porque, a fin de cuentas, era joven, y a esa edad, un hombre puede enderezar siempre su futuro, pero al menos tenía el color del tiempo.

Anohecía. Los automóviles pasaban veloces, haciendo brillar sus faros sobre el asfalto mojado. Tras una detenida consulta consigo mismo, Banner decidió que podía permitirse el lujo de tomar una taza de café.

Esto engañaría un poco el hambre. Sentía ganas de fumar, pero carecía de tabaco siquiera.

Las luces de un bar salieron a su encuentro. Sin vacilar, Banner abrió la puerta y entró en el local.

Era poco menos que un tugurio y olía espantosamente mal, pero a Banner, por contraste con el ambiente exterior, le pareció que entraba en un palacio. Se acercó a la barra y pidió un café.

Un mozo malencarado se lo sirvió. Banner removió el azúcar con una cucharilla y luego tomó la infusión sin prisas, sorbo a sorbo,

prolongado de esta manera el tiempo de estancia en aquel cálido lugar.

Había poca clientela. En aquellos momentos, sólo había otro hombre en el extremo opuesto del mostrador. Al fondo, dos mozalbetes hacían funcionar el tocadiscos automático con monedas.

Los altavoces del aparato vomitaban un atronador «Yellow Submarine». De pronto, Banner se encontró tarareando la música de la popular melodía.

«Se necesita humor», dijo amargamente para sí al darse cuenta del detalle.

De pronto, notó a su lado la presencia de otra persona.

—Usted está en difícil situación, señor Banner —dijo el individuo.

Banner se sobresaltó. ¿Quién era aquel desconocido que sabía su nombre?

Volvió la cabeza. Era un sujeto alto, delgado, de cejas algo picudas, nariz aguileña y bigote negro de pequeñas guías. Su cara tenía una matidez extraña, como si le faltase la sangre, aunque no por ello daba la impresión de palidez.

—¿Me conoce? —preguntó.

El hombre sonrió de una manera extraña, casi forrada. Movi6 apenas la cabeza y alz6 la mano derecha.

—Dos dobles de *whisky* —pidió al mozo—. Supongo que aceptará mi invitación, señor Banner.

—Acepto, agradecido y encantado... aunque todavía no sé su nombre, señor...

—Steass —contestó el otro, parcamente. Y ya no dijo nada más, hasta que el mozo hubo servido las copas. Levantó la suya y brindó —: Por su nuevo empleo, señor Banner.

—¿Va a darme trabajo? —preguntó el joven, asombrado.

—Sí —confirmó Steass. Su voz era suave, persuasiva, pero Banner se dio cuenta de que, en determinado momento, podía tomarse imperativa, inflexible—. Le voy a dar un trabajo que consistirá en... Por supuesto, estará magníficamente pagado, señor Banner.

—¿Cree usted que yo podré desempeñar ese trabajo, señor Steass?

—Si no lo creyera, no estaría aquí hablando con usted —sonrió

el extraño individuo.

Se acabó el «Yellow Submarine» y la máquina tocadiscos expulsó las notas de «Old Man River». Aquellos muchachos, pensó Banner, tenían unos gustos bien dispares.

—Bien, ¿y en qué consiste ese trabajo, si se puede saber? —preguntó Vann Banner.

—Se puede saber, pero, por favor, no se asombre usted ni haga ningún gesto extraño cuando se lo diga. ¿Me lo promete?

—Sí, señor Steass —contestó el joven, devorado por la curiosidad.

—Bien —dijo Steass—. El trabajo que le voy a encomendar consiste en asesinar a un hombre.

Banner cumplió su palabra: no se asombró ni respingó pero sí dio una respuesta contundente:

—¡Usted está loco!

—Nada de eso, amigo mío —contestó Steass, con benigno acento—. Mi mente está plena de cordura y lo que acabo de decirle es exactamente lo que va a hacer usted.

—¿Cree que aceptaré?

—Por esto estoy aquí, con usted —repitió Steass.

Banner empujó su copa, todavía mediada, hacia el centro del mostrador.

—Lamento no poder corresponder a su invitación, señor Steass, pero, créame, se ha confundido de hombre. ¡Buenas noches!

Steass no dijo nada. Siguió sonriendo y aún flotaba la sonrisa en sus labios cuando Banner, dominando la furia que sentía, abrió la puerta y salió al frío de la calle.

Regresó a su apartamento tratando de calmarse por el camino. ¡Vamos, confundirle a él con un asesino profesional! ¿Qué se había creído el señor Steass?

Porque de una cosa estaba seguro: Steass había hablado absolutamente en serio y la proposición no había sido formulada en el curso de un ataque de locura.

Se quitó el impermeable mojado y lo lanzó sobre una silla. Fue a la cocina y hurgó en una alacena, pero la única botella que allí había estaba vacía.

De repente, sonó el timbre del teléfono.

Banner acudió a la sala y acercó el aparato a la oreja.

—¿Quién es? —preguntó.

—Steass —sonó una voz al otro lado del hilo—. ¿Se le ha pasado ya el enfado, señor Banner?

—¡Váyase al diablo y déjeme en paz! ¡No quiero hablar con usted!

—Espere un momento, sea comprensivo, Jim —dijo Steass, apeando el tratamiento—. Aunque usted no lo crea, yo sólo quiero su bien personal.

—¿Convertirme en un delincuente es querer mi bien personal? —dijo el joven sarcásticamente.

—Todo depende de los puntos de vista, Jim. De todas formas, le diré una cosa: ha sido elegido ya para llevar a cabo su trabajo y no podrá en modo alguno eludirlo.

Banner se ahogaba de rabia.

—Usted... usted está...

—Preste atención un momento, Jim —atajó Steass—. No se mueva de dónde está y no cuelgue tampoco el teléfono. ¿Me entiende?

El joven se quedó parado. Antes de que pudiera adivinar el sentido de aquellas palabras, oyó un ruido de cristales rotos.

Algo penetró en la habitación, zumbando con terrible fuerza, y se estrelló en la pared opuesta a la ventana. Fragmentos de yeso volaron despedidos por los aires.

Banner se agachó instintivamente al comprender que alguien le había disparado un tiro. Seguramente, pensó, el tirador estaba en la casa de enfrente, pero la distancia era excesiva para divisarlo a ojo desnudo.

—Jim —sonó de nuevo la voz de Steass.

—Hable, maldita sea —contestó el joven, con acento de exasperación—. ¿Quién diablos me ha disparado? ¿Es que quieren asesinarme?

—No, pero eso es lo que sucederá inflexiblemente si no acepta realizar el trabajo para el cual ha sido elegido.

—¡No, no y mil veces no! —gritó Banner, al borde de la locura—. ¡Olvídalo, olvídense de mí...!

—Imposible, Jim —dijo Steass—. Dentro de un par de minutos llamarán a la puerta de su casa y le entregarán un paquete. Además de los objetos que contiene, encontrará usted ciertas instrucciones...

que deberá seguir al pie de la letra, si no quiere causar baja en el censo de los vivos. Buenas noches, Jim.

Steass cortó la comunicación antes de que Banner pudiera contestarle siquiera.

Durante unos momentos, Banner estuvo quieto, sintiendo que todo daba vueltas a su alrededor. Pero ¿quién diablos y por qué quería convertirle en un asesino profesional?

¿Era que no había otro más que él para ese menester en toda la inmensidad de Nueva York?

De repente, oyó que llamaban a la puerta. Saliendo de su estatismo, giró sobre sus talones y se dirigió a abrir.

El conserje de noche apareció ante sus ojos, con un paquete en las manos.

—Para usted, señor Banner —dijo.

Y una vez hubo puesto el paquete en manos de su destinatario, dio media vuelta y se encaminó hacia el ascensor.

Lentamente, Banner regresó al centro de la estancia. El paquete tenía el tamaño de una caja de cigarros, aunque era más grueso.

Estaba envuelto en papel fuerte y muy bien atado. Tras algunos segundos de vacilación, Banner cortó las cuerdas y rasgó el papel.

Una caja de cartón recio apareció ante sus ojos. Levantó la tapa y encontró tres cosas: un revólver de cañón corto, con silenciador, un fajo de billetes y una nota escrita, que decía:

«Su víctima, señor Banner, es Floyd Huntington, que reside en el 844 de la calle 55 Oeste. Deberá buscar la ocasión propicia y consumir en su cuerpo las balas necesarias hasta acabar con su vida. Tiene tres días de plazo para ejecutar su labor. Si pasado ese tiempo no ha aparecido en los periódicos la noticia de la muerte de Huntington, despídase usted de la vida».

CAPÍTULO II

De pronto, Banner había sentido la necesidad de confiarse a alguien.

Tenía con quien desahogarse. En realidad, debería haberlo hecho tiempo atrás, pero el orgullo y el amor propio le habían hecho contenerse.

Ahora, se dijo, ya no podía demorarlo por más tiempo. Tenía que hablar con su amiga Bessie Donovan, a la cual no veía desde hacía algunos meses.

Banner no pudo conciliar apenas el sueño aquella noche. Por la mañana se levantó enervado y con una moral bajísima. Su talante seguía siendo igual cuando alrededor de las seis de la tarde, abrió la puerta de un elegante establecimiento, situado cerca del East River, y se encaminó directamente a la barra.

—¿Dónde está Bessie? —preguntó a un atildado camarero, que le miró con ojos desdeñosos, a causa de su deteriorada indumentaria.

—La señora Donovan no recibe a pordioseros —fue la insultante respuesta del individuo.

—Amigo, usted es nuevo en la casa. Por dicha razón, voy a dejarle las narices en su sitio. De otro modo, ya le habrían salido por el cogote.

El hombre se quedó parado, sin saber qué decir. Para Banner, la contestación del camarero era más que suficiente. Bessie no estaba en la sala.

Conocía el lugar. Atravesó el local y se dirigió a una puerta situada al fondo, disimulada tras unas cortinas. Una vez hubo cruzado el otro lado, ascendió por una escalera de caracol de peldaños metálicos, que terminaba en un rellano situado a tres metros del suelo.

Allí había otra puerta. La abrió sin vacilar y se encontró en un

amplio salón, lujosamente decorado, partido en dos por una larga cortina roja.

Detrás de la cortina sonó una voz femenina.

—¿Quién es? ¿Por qué ha entrado sin llamar?

—¿Desde cuándo necesito llamar para entrar aquí, Bessie?

Hubo un instante de silencio. Luego estalló una exclamación de alegría:

—¡Jim! ¡Jim, eres tú!

Las cortinas se apartaron violentamente a un lado y una hermosa mujer, de unos veintiocho años, en ropa interior de negros encajes, corrió hacia el joven y se colgó de su cuello.

—Jim, querido granuja... —dijo, mirándole ansiosamente a los ojos—. ¿Qué has hecho durante todo este tiempo? ¿Por qué no has dado señales de vida? Me has tenido completamente abandonada y...

Las manos de Banner se posaron sobre los desnudos brazos de la mujer.

—Bessie, tú ya me conoces y sabes mi forma de pensar. Me marché de tu lado porque no quería que me mantuvieses, sencillamente.

—El maldito orgullo masculino —dijo ella—. Tenías un trabajo y yo te pagaba por él, Jim.

—Tú me pagabas por no hacer nada, salvo estar a tu lado. No podía consentirlo, Bessie.

—Está bien, está bien —dijo la mujer—, pero ahora ya has vuelto y no te dejaré ir.

Se retiró unos pasos, puso las manos en sus opulentas caderas, sacó el pecho y le miró de pies a cabeza.

—Jim, estás derrotado —calificó crudamente—. Lo admites, ¿no?

—Sí —contestó él, sin inmutarse—. No he podido salir adelante... pero eso no quiere decir que no lo consiga algún día.

Bessie meneó la cabeza con gesto pesimista. Era una mujer de mediana estatura, morena, de senos exuberantes y risa fácil, pero también, y Banner lo sabía a la perfección, sumamente absorbente y de gran energía.

—Lo dudo mucho, pero, en fin, la esperanza es lo último que se pierde —comentó con ironía—. ¿Te importa que termine de

vestirme?

—Por favor, Bessie.

Ella dio media vuelta y pasó de nuevo al otro lado de las cortinas. Mientras se ponía el vestido, dijo:

—Me da en la nariz que estás en un apuro, Jim. No quieres pedirme dinero... pero sí otra cosa. Vamos, habla de una vez y sé franco conmigo. ¿Qué es lo que te sucede?

Banner inspiró profundamente. Luego, contestó:

—Bessie, hay alguien que quiere convertirme en un asesino profesional.

Bessie puso en un vaso alto una buena dosis de *whisky* escocés y lo dejó sobre la mesa junto a la cual estaba sentado su visitante.

—Bebe, Jim, lo necesitas —dijo escuetamente.

Banner tomó con avidez un par de buenos tragos. Luego, dirigió la vista hacia la hermosa mujer que aparecía en pie frente a él.

—¿Qué me dices? —preguntó.

Bessie parecía irresoluta. Su pecho subía y bajaba con rapidez. Banner se dio cuenta de que estaba concentrada en sí misma y esperó.

—De modo que tu presunta víctima es Floyd Huntington —dijo Bessie, al cabo casi de un minuto.

—Sí, ciertamente, el mismo.

—Le conozco —manifestó la mujer.

—¿Qué hace? ¿A qué se dedica?

—Negocios, algunos de ellos no demasiado limpios.

—Me dejas sorprendido, Bessie.

Ella sonrió maliciosamente.

—Aunque no lo creas, acude gente de importancia a mi local —declaró.

—¿Y Huntington?

—Suele venir con alguna frecuencia. Nos conocemos bastante. Pero no entiendo por qué diablos quieren asesinarlo y menos que el asesino seas tú.

—A mí me gustaría también saberlo —dijo Banner, con acento quejumbroso—. Jamás he delinquido.

—Lo sé —murmuró Bessie, mirándole con ternura—. Eres el hombre ideal, con el cual soñé siempre, pero resulta que yo no soy la mujer de tus sueños. Mi negocio es... honrado, según desde qué

punto de vista, pero no es el que agrada a los hombres decentes.

Suspiró.

—Pero es tarde ya para cambiar —agregó—. Escucha, Jim, tú confías en mí, ¿no es cierto?

—Desde luego.

—Vuelve a tu casa y no te preocupes de más —dijo la mujer—. Es decir —añadió, sonriendo—, volverás más tarde. Yo hablaré con Huntington y solucionaremos este asunto de la mejor manera posible.

—Me han disparado un tiro a guisa de advertencia, tenlo muy en cuenta.

—No lo olvido —respondió Bessie—. Pero puedes estar seguro de que este asunto se resolverá satisfactoriamente.

Avanzó hacia él y se sentó en sus rodillas, rodeándole el cuello con sus brazos.

—Jim, mi vida —dijo, frotando su mejilla con la del joven—, no sabes cuánto te he echado de menos. Eres un maldito orgulloso y eso me duele mucho... Pero creo que si yo estuviese en tu lugar, obraría de la misma manera.

Luego buscó su boca. Banner sintió que también la necesitaba y se dejó llevar por aquel vértigo de pasión, que los envolvió a ambos, aislándolos por completo de manto les rodeaba.

Sonó el teléfono.

Banner suspendió sus paseos. Hacía casi veinticuatro horas que se había entrevistado con Bessie y todavía no había tenido la menor noticia de la joven.

Levantó el aparato y lo acercó a la oreja. Una voz conocida repercutió en sus tímpanos.

—¿Jim?

—Sí, Bessie.

—Ven, pronto —pidió ella, parcamente.

No hubo más. Banner colgó el aparato y corrió a vestirse.

Media hora más tarde, entraba en el local de su amiga. Cuando iba a franquear la puerta, estuvo a punto de tropezar con una hermosa joven, alta y esbelta, cuya cara le pareció conocida.

A pesar de sus preocupaciones, Banner supo ser cortés y cedió el paso a la joven. Ella agradeció el gesto con un ligero movimiento de cabeza.

Banner ya no se preocupó más de la muchacha. Momentos después, estaba junto a Bessie.

Ella le entregó media docena de objetos metálicos, brillantes, que Banner miró con curiosidad.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Balas de fogeo —respondió ella.

—¿Para qué diablos...?

—Escucha y no seas estúpido. He hablado con Huntington. El tipo me está muy agradecido por haberle avisado de que alguien quiere quitarle de en medio. Se ha mostrado propicio a colaborar contigo en la comedia.

Banner enarcó las cejas.

—¿Qué comedia? —preguntó.

—La que tenéis que desempeñar tú y él, Jim. Escucha atentamente; tienes que ir a su casa y llamar a la puerta. Él saldrá a abrirte y tú le dispararás dos o tres tiros. Huntington se dejará caer al suelo, eso es todo.

—Pero... no entiendo. ¿Por qué hemos de desempeñar esa comedia, si luego, en cuanto me marche, él se levantará tan campante?

—Haz lo que te digo, Jim —insistió Bessie—. Huntington tiene influencias. Se publicará la noticia de su muerte, y a fin de hacerlo más efectivo, se ausentará una temporada de Nueva York. Tú quedarás como un caballero ante el señor Steass... y te ganarás cinco mil dólares, que buena falta te están haciendo.

Banner se mordió los labios. En aquella propuesta había algo no demasiado claro que no acababa de gustarle del todo. Pero, por otra parte, no dejaba de ser una solución para un problema que le hacía pasar las noches en blanco.

—Está bien —accedió al cabo—. Haré lo que tú dices y...

—Mañana, hoy tiene un compromiso —dijo Bessie—. Mañana estará solo en su ático y podrás «ejecutar» la sentencia.

—De acuerdo. Bessie, yo me pregunto por qué diablos me eligieron a mí para matar a Huntington.

Bessie le dirigió una sonrisa.

—Alguien tiene una cuenta que ajustar con Huntington y decidió que tú eras el hombre adecuado, eso es todo —contestó.

Banner regresó a su casa completamente confuso.

Todavía tenía el dinero intacto, salvo unos pocos dólares que había tomado para comer. Por un momento se sintió tentado de emigrar del país. Con cinco mil dólares se podía viajar muy lejos.

El teléfono sonó de pronto. Banner levantó el aparato y pronunció su nombre.

—Celebro saludarle, señor Banner —dijo una voz de hombre—. Soy Steass. ¿Me recuerda usted?

—Demasiado —gruñó el joven, de mal talante.

—Lo supongo —rió Steass al otro lado de la línea—. Entonces, si me recuerda a mí, recordará también el encargo que le di hace tres días.

—¿Podría olvidarlo, señor Steass?

—No, claro que no... pero podría sentir la tentación de eludir el compromiso. No lo haga, se lo recomiendo, señor Banner. Seríamos implacables con usted, créame. Supongo que entendería el sentido de la advertencia que le hicimos el otro día.

—Desde luego.

—Entonces, nada más. No olvide que mañana se termina el plazo que le di para ejecutar su... gestión.

—Mañana, sin falta, antes de la medianoche, esa gestión, como usted la llama, estará realizada satisfactoriamente.

—Me complace mucho oírle hablar de ese modo. Buenas tardes, señor Banner.

Steass cortó la comunicación. Banner dejó el aparato de nuevo en la horquilla. Una vez más se preguntó:

«¿Por qué, por qué me eligió a mí para matar a Huntington?».

Pero no encontraba una respuesta adecuada, por más que se esforzaba en ello.

CAPÍTULO III

Hacía rato ya que había caído la noche. Banner, cubierto con un sombrero oscuro y abrigo gris, salió del ascensor y se detuvo unos momentos en el pasillo.

A su izquierda, a cinco o seis metros, divisó una puerta en la que había una pequeña placa de metal dorado, con el nombre del ocupante del piso. Banner inspiró con fuerza y avanzó hacia aquella puerta.

Su dedo índice, enguantado en negro, se apoyó sobre el llamador. Apenas oyó el musical sonido del ding-dong

al otro lado de la madera, se desabrochó el abrigo y sacó el revólver que llevaba metido en la pretina del pantalón.

La puerta se abrió al cabo de unos instantes y Floyd Huntington apareció ante los ojos del joven. Era un hombre de unos cincuenta años, grueso, calvo, con doble papada y bolsas bajo los ojos.

—¿En qué puedo servirle, caballero? —preguntó Huntington.

Banner no dijo nada. Sacó el revólver y, a medio metro de distancia, apretó tres veces el gatillo.

Las detonaciones apenas se oyeron. Huntington puso cara de sorpresa, elevó los brazos al cielo, se tambaleó un poco y acabó cayendo al suelo.

Banner sonrió. La comedia había sido perfecta.

Guardó el revólver en el mismo sitio y se abrochó el abrigo. Un minuto después, se encontraba de nuevo en el ascensor, camino de la planta baja del edificio.

Transcurrió un cuarto de hora. Casi frente a la puerta de la casa de Huntington, en el mismo corredor, se abrió otra puerta y un hombre atravesó oblicuamente el pasillo.

El individuo vestía enteramente de negro, incluso el sombrero, cuyas alas estaban caídas sobre la frente. Sus ojos estaban cubiertos

por unas gafas ahumadas.

El hombre llamó. Dentro del ático, Huntington, que estaba preparándose un *whisky*, hizo un gesto de enojo.

—¿Quién diablos será el pelma que viene a molestarme a estas horas? —masculló a media voz.

Dejó el vaso sobre la mesa y se dirigió a abrir la puerta. Parpadeó asombrado al verse ante el individuo vestido de negro.

—¿Qué es lo que quiere? —dijo altaneramente—. Estoy ocupado...

—Antes recibió una visita —contestó el sujeto—. Le disparó tres tiros y usted desempeñó magníficamente la comedia de su muerte.

—¿Quién se lo ha dicho? —exclamó Huntington, asombrado.

—Eso no importa —sonrió el hombre de negro—. La comedia, sin embargo, se ha trocado en realidad.

—¿Cómo?

Huntington no tuvo tiempo de decir más. El hombre que estaba frente a él sacó un revólver y disparó.

—Estas balas no son de fogueo —dijo.

Huntington abrió la boca, a la vez que sentía en el pecho el intolerable dolor de una terrible quemadura. Retrocedió, trastabillando, y el asesino avanzó al mismo tiempo.

El revólver se disparó dos veces más. Esta vez, el braceo frenético de Huntington no era ninguna comedia.

Un segundo más tarde, su cara golpeaba contra el suelo con gran fuerza. Pero ya no sintió nada.

Ahora, se dijo Jim Banner, sólo faltaba esperar la reacción del misterioso señor Steass.

Estaba sentado en su departamento, cambiando los cartuchos del revólver. El tambor del arma llevaría balas de verdad a partir de aquel momento.

Steass, calculaba, le citaría en alguna parte, porque, no cabía la menor duda, aquella especie de trampa tenía un fin definido. Él lo ignoraba, por supuesto, pero se lo arrancaría a Steass... aunque fuese a tiros.

Los periódicos habían publicado la noticia de la muerte de Huntington en las páginas de sucesos y los informadores achacaban el hecho a un ajuste de cuentas. Ahora se descubrían algunos de los negocios turbios de Huntington, cuyo conocimiento escandalizó no

poco a Banner, a pesar de que era un hombre nada mojigato.

De pronto, llamaron a la puerta. El timbrazo fue tan inesperado, que Banner no se pudo contener y dio un salto en la silla.

Eró a la puerta un instante. De nuevo se repitió la llamada.

El instinto le hizo agarrar el revólver. Atravesó la habitación y asió el pomo, abriendo de golpe.

Su sorpresa fue enorme al ver que el pasillo estaba vacío. ¿Quién diablos le tomaba el pelo?

Contuvo una exclamación de enojo y se dispuso a entrar de nuevo en la casa. Entonces fue cuando reparó en el sobre que estaba sujeto a la madera de la puerta con una chincheta.

Era de buen tamaño y en el anverso figuraba su nombre, estaba escrito su nombre con gruesos trazos de tinta negra.

De un tirón, arrancó el sobre y se metió de nuevo el piso, cerrando acto seguido con doble llave. Dejó el revólver sobre la mesa y rasgó el sobre.

En su interior había dos fotografías y una nota. Las fotografías le pusieron los pelos de punta.

En la primera de ellas se veía a él, haciendo fuego contra Huntington. La víctima aparecía desplomándose a un lado.

En la segunda fotografía aparecía Huntington caído en el suelo, en medio de un charco de sangre. La imagen era aterradoramente nítida y se veía con toda claridad el orificio que una de las balas había hecho en la frente de Huntington.

Banner sintió que las piernas le flaqueaban. Así, pues, su falsa víctima... era una víctima auténtica.

Él no había matado a Huntington, estaba seguro de ello. Los tres tiros disparados habían ido al pecho. Ninguno había sido dirigido a la frente, pues habría significado cegar a Huntington con el fogonazo del disparo.

Pero a un asesino auténtico, esto era algo que no le importaba, puesto que sabía que su víctima iba a morir. Las noticias publicadas por la Prensa, eran, por tanto, reales.

Un sudor frío llenó su frente al darse cuenta del gravísimo compromiso en que se hallaba. El autor de la fotografía, como era lógico, conservaría el negativo y con él podría hacerle chantaje en cualquier momento.

Pero ¿qué clase de chantaje? No tenía dinero, salvo los cinco mil

dólares que le habían dado... y obligarle a matar a una persona, entregándole dinero para quitárselo luego, parecía un plan absurdo, completamente disparatado.

De pronto, se percató de la nota escrita que acompañaba a las dos fotografías. Dejó éstas a un lado y concentró su atención en la lectura, dándose cuenta de que estaba escrita por la misma mano que la primera.

Y, seguramente también, se había empleado la tinta simpática que hacía desaparecer el mensaje a los pocos minutos, lo mismo que había ocurrido con la anterior en que le comunicaban el nombre de «su» víctima. Dominando el pánico que sentía, leyó:

«Las fotografías que acompañan a esta carta no dejan lugar a dudas sobre la identidad del asesino de Floyd Huntington. Ahora ya nos pertenece usted en cuerpo y alma y obedecerá estrictamente todas las órdenes que le demos, so pena de seguir la suerte de su víctima.

»Nuestra primera orden consiste en prohibirle que se mueva de Nueva York hasta nuevo aviso. No nos desobedezca o morirá».

Tal era el contenido del mensaje. Pese a la turbación que sentía, Banner pudo deducir una cosa.

Steass, si era él el autor del mensaje y todo parecía indicarlo así, hablaba en plural. Por tanto, ello solo podía significar una cosa: no estaba solo.

Steass formaba parte de una banda cuyos objetivos no se le alcanzaban todavía. Se preguntó quién podría informarle.

Sólo había una persona: Bessie Donovan.

De repente hizo un descubrimiento sensacional: Bessie le había engañado. Ella le había enviado a la trampa que Steass había montado contra él.

Una amarga sonrisa curvó sus labios. El descubrimiento le hizo sentirse infeliz por unos momentos. ¿No le había preguntado Bessie si confiaba en ella?

De repente, habiendo tomado una decisión, se puso en pie y se dirigió hacia la puerta. Al pasar junto a la mesa, cogió el revólver y se lo echó al bolsillo.

Esta vez no necesitó preguntar al camarero por Bessie. Sin decir nada, desfiló por delante del mostrador y se dirigió hacia la puerta que conducía a las habitaciones privadas de su amiga.

Una mujer le miró y él volvió la cabeza instintivamente. Era la joven con la cual había tropezado días antes, en el momento de entrar en el local.

Aquella chica seguía pareciéndole conocida, pero no acababa de localizar dónde la había visto antes. Era alta y de figura esbelta, pero a Banner le pareció que tenía los hombros un tanto anchos.

Ella vestía una especie de chaleco de cuero, largo, sobre una blusa de seda blanca. El chaleco estaba ceñido por un ancho cinturón del mismo material y el borde inferior era prácticamente la falda del traje. Unas altas botas, hasta más arriba de la rodilla, completaban el atuendo de la joven, en cuyos rojos labios creyó ver Banner la sombra de una sonrisa.

Pero no se preocupó más de ella. Instantes más tarde, ascendía por la escalerilla de caracol.

Llegó al rellano y abrió la puerta de golpe.

—¡Bessie! —llamó.

La dueña del local estaba sentada en un sillón de orejas, con la cabeza apoyada en una de ellas. Bessie parecía dormir.

—Vamos, despierta ya —dijo él de mal talante, a la vez que avanzaba hacia la joven y la zarandeaba por uno de sus hombros.

Bessie no contestó. De pronto, se deslizó a un lado y rodó por el suelo, quedando tendida de bruces a los pies del recién llegado.

Banner sintió que un escalofrío de horror le recorría la espina dorsal. En el centro de la espalda de Bessie se podía ver el mango de un pequeño puñal, cuya hoja, estaba seguro, había alcanzado su corazón.

Durante unos segundos, Banner sintió que la cabeza le daba vueltas. Todo giró vertiginosamente a su alrededor, mientras en sus oídos percibía un atronador zumbido, que le daba la sensación de tener el cráneo a punto de estallar.

Pero pronto pudo recobrase. El mareo se le pasó enseguida.

Bessie había sido asesinada. ¿Tal vez para que no hablase con él?

Vaciló unos momentos. De súbito, le pareció notar cierto movimiento al otro lado de las cortinas que dividían la habitación.

El revólver apareció casi instantáneamente en su mano.

—¡Salgan con las manos en alto o dispararé! —exclamó perentoriamente.

—¡No tire! —Sonó una voz masculina—. Nos entregamos, señor Banner.

El joven no hizo ningún comentario acerca de que el desconocido sabía su nombre. Las cortinas se agitaron y dos individuos aparecieron ante su vista.

El aspecto de la pareja era ciertamente poco tranquilizador. Banner adquirió la convicción de que se hallaba en presencia de los asesinos de Bessie Donovan.

CAPÍTULO IV

Uno de los dos, al menos, había sido el ejecutor material del crimen. Su compañero, sin duda, había estado junto a él para cubrirle las espaldas en caso necesario.

—¿Cuál de los dos la ha matado? —preguntó.

—¿Importa mucho eso ahora? —contestó uno de ellos.

Banner elevó su mano y apuntó a la frente del que acababa de hablar.

—Importa mucho, en efecto —dijo—. ¿La ha matado usted? Conteste o dispare.

—¿Qué hará si le digo que sí? —preguntó el sujeto, con sorprendente cinismo.

Banner se quedó parado un momento. El tipo se echó a reír.

—Vamos, Banner, baje ese cacharro. No tiene objeto que nos amenace con el arma. A fin de cuentas; estamos embarcados en el mismo bote.

—¿Cómo? —se sorprendió el joven.

—Mi amigo Harvey quiere decir que usted y nosotros pertenecemos a la misma banda —dijo el otro silencioso hasta entonces.

—¿Qué banda? —quiso saber Banner, sin descuidar la guardia un solo instante.

El sujeto no pudo contestar. La puerta se abrió en aquel momento.

Banner saltó a un lado, viendo, con enorme asombro, que la persona que cruzaba el umbral era la chica que le parecía conocida.

—Cielos —dijo ella, al ver en el suelo el cadáver de Bessie.

—Está muerta —rezongó Banner—. Entre, cierre la puerta y únase a nuestra banda de asesinos a sueldo.

—Usted no la ha matado —dijo la joven—. Por favor, señor Banner; siga apuntando a esos tipos, mientras yo doy la vuelta por

detrás de ellos y les quito la artillería.

—A lo que parece, todo el mundo me conoce, mientras que yo no conozco a nadie —comentó Banner con amargo sarcasmo.

—Tengo motivos para conocerle a usted... pero ya hablaremos más tarde —manifestó la chica—. No descuide a esos tipos, Jim.

—Y ahora me llama por mi nombre. Sólo esto me faltaba.

Ella sonrió. Dio un pequeño rodeo y se acercó al hombre que se llamaba Harvey.

De pronto, su compañero pareció ver que Banner se distraía y metió la mano en el interior de su chaqueta. Banner apretó el gatillo sin vacilar.

La boca del arma soltó dos apagadas detonaciones. El individuo se llevó las manos al pecho, dio un traspié giró sobre sí mismo y acabó derrumbándose al suelo.

Al mismo tiempo, Harvey se revolvía velozmente para atacar a la chica. Entonces ocurrió algo sorprendente.

Ella alargó los dos brazos a un tiempo, más el izquierdo que el derecho. La mano de éste asió la muñeca de Harvey, a la vez que la mano izquierda hacía presión en el codo del hombre.

Se oyó un grito de angustia. Harvey volteó sobre sí mismo y se estrelló de cara contra el suelo, en donde quedó casi inmóvil y gimiendo de dolor.

La joven se arrodilló sobre sus espaldas, le quitó una pistola, que lanzó a un rincón, y luego le retorció hacia atrás el mismo brazo.

—¿Quién mató a esta mujer? —preguntó.

—Fue... él... —jadeó Harvey.

—¿Quién os dio la orden de matarla?

Harvey calló. Banner estaba pasmado.

—Conque no quieres hablar, ¿eh? —dijo la chica. Miró a Banner y le dirigió una brillante sonrisa—. ¿Cómo se siente, Jim?

—Estupefacto —contestó él—. He matado a un hombre...

—Sucederá lo mismo que cuando muere un perro rabioso —dijo ella con gran desparpajo—. Nadie lo lamenta.

Banner evitó mirar el cadáver del pistolero, que yacía a un lado. La joven continuaba inmovilizando a Harvey.

—Todavía no sé su nombre, señorita...

—Colphax, Doreen Colphax —se presentó la chica.

—Me suena —dijo él.

—No me extraña —Doreen retorció aún más el brazo de su prisionero—. ¿Hablas o...?

—No sé nada, no sé nada... —gimió Harvey.

—Está bien —murmuró ella—. Tú lo has querido...

Harvey lanzó un aullido. Pero casi en el mismo instante, se oyó el lejano aullido de una sirena policial, cuyo volumen crecía con rapidez.

—¡La policía! —exclamó Banner, aterrado.

Doreen se puso en pie de un salto. Harvey intentó hacer lo mismo, pero ella le golpeó en un lado del cuello, con el filo de la mano, y el individuo perdió el conocimiento instantáneamente.

—Tenemos que marchamos, Jim —dijo ella.

—Nos atraparán —vaticinó el joven con lúgubre acento.

—Si usamos la cabeza, no sucederá nada de esto. Deme su revólver.

Banner obedeció. Rápidamente, Doreen, sin perder su sangre fría, se arrodilló junto a Harvey, limpió bien el arma con un pañuelo y luego se la puso en la mano derecha.

—Jim, recoja la pistola de Harvey —ordenó—. Está en aquel rincón.

Banner comprendió en el acto las intenciones de la muchacha. En la estancia debían quedar solamente dos armas de fuego.

Acto seguido, Doreen, moviéndose con singular agilidad, apagó las luces. La sirena se escuchaba ya estremecedoramente cerca.

—Por la ventana —indicó la joven—. Sólo son tres metros y da a un callejón trasero.

—No sé si estoy despierto o soñando...

Doreen rió alegremente.

—Está despierto... y yo tengo el coche cerca de este antro de forajidos —contestó—. ¡Vamos, Jim, espabílese!

Doreen le condujo a su propia casa, un agradable departamento situado no lejos del Parque Central, y una vez en él, indicó a Banner un pequeño bar, diciéndose que se sirviese a su gusto, mientras ella se cambiaba de ropa.

Banner creía estar soñando todavía. Escapar del local de Bessie había resultado ridículamente fácil. Además, la policía no iba allí, sino que se trataba de un desplazamiento a otro punto, que nada tenía que ver con lo que había sucedido en las habitaciones

privadas de Bessie.

Doreen apareció casi media hora después, con una bandeja en las manos, en la que se veía un servicio de café. La joven vestía ahora un traje azul de una sola pieza, que hacía resaltar las firmes curvas de un cuerpo de perfecta anatomía, pero, al mismo tiempo, fuerte y robusto, sin por ello perder su gracia escultórica. El pelo, intensamente rubio, estaba recogido en un gran nudo, sujeto por una cinta del mismo color que el vestido.

—He hecho café —sonrió ella—. Veo que ha tomado una copa, pero un poco de café terminará de entonarle.

—Creo que sí, señorita...

—Nada de señorita —atajó la muchacha—. Doreen a secas, Jim. Está metido en un buen lío, ¿verdad?

—Que puede costarme, por lo menos, una sentencia de cadena perpetua —se lamentó él.

—¿Por qué? ¿Por haber matado a un forajido? No es agradable, pero tampoco tiene por qué lamentarlo. Él quería matarle a usted y, recuerde, asesinó a Bessie.

—Sí, eso es cierto —admitió Banner algo más alijado—. Pero... ¿quién es usted? ¿Qué hacía en el establecimiento de Bessie?

—Investigar —contestó ella—. Aunque no lo crea, soy detective privado, si bien en este caso hago pesquisas por mi cuenta. He renunciado a todos los demás otros casos, para encargarme de éste exclusivamente.

—Me siento pasmado, Doreen. Pero su cara me es conocida...

Ella emitió una alegre sonrisa.

—Tal vez me recuerde usted de hace un par de años, cuando gané el campeonato nacional femenino de lucha y karate —contestó—. Pero lo dejé enseguida; yo lo había hecho tomando el asunto en su aspecto estrictamente deportivo y enseguida empezaron a mezclarse intereses extraños, sin contar con la publicidad pésima, de un gusto horrible... Renuncié y se me ocurrió dedicarme a este otro trabajo. Hasta ahora —concluyó—, no puedo quejarme, Jim.

—Estoy maravillado, Doreen. Pero ¿qué hacía usted en el local de Bessie?

—Ya se lo he dicho antes: investigar. Usted era muy amigo de ella, creo.

—Sí —admitió Banner.

—Sin embargo, estoy por apostar que fue allí dispuesto a... hacerle algo, no sé qué, pero se le veía en la cara que estaba muy enfadado. Lo advertí cuando pasó por delante de mí en el salón.

—Es cierto.

Hubo un momento de silencio. Doreen, dándose cuenta de la agitación interior del joven, le sirvió más café.

—Está bien, Jim, hable —invitó la chica—. Desahóguese sin miedo, con toda confianza. ¿Por qué estaba enfadado con Bessie?

—Ella me engañó miserablemente —contestó él con voz sorda—. Me ha convertido en un asesino, Doreen... aunque no he matado a nadie... Bueno, sólo a aquel pistolero, pero en defensa propia. Sin embargo, por culpa de Bessie yo estoy ahora en una terrible situación.

Doreen tenía razón: Jim necesitaba desahogarse. El joven estuvo hablando largo rato, mientras ella le escuchaba en completo silencio.

Banner le hizo una relación completa de todo lo que le había ocurrido, desde su primer encuentro con Steass hasta la llegada al departamento de Bessie y el hallazgo de su cadáver. Al terminar, Doreen hizo un signo de asentimiento.

—Algunas cosas de las que me ha contado cuadran con las informaciones que yo he ido adquiriendo a lo largo de estos últimos meses —manifestó.

—¿Qué sucede, Doreen?

Ella se puso en pie y dio un par de paseos por sala. Banner se percató de que Doreen estaba un tanto agitada, lo que se advertía en los rápidos vaivenes de su busto.

—Hace tiempo que vienen sucediéndose unas desapariciones misteriosas, cuyo origen no está demasiado claro —habló ella, tras una pausa—. Mejor dicho, está muy y oscuro. La verdad, no es que muchos de los desaparecidos hayan sido personas que honran a la humanidad, sino todo lo contrario... pero algunos de ellos eran hombres decentes y honrados.

—¿Qué ha sido de ellos? —preguntó Banner.

—Eso es lo que yo quisiera saber, Jim. Pero he podido averiguar una cosa: cada vez que se ha producido una de esas desapariciones, ha sido a renglón seguido de un asesinato, cometido, al parecer, por el clásico motivo de un «ajuste de cuentas», lo que no excluye otras

causas.

—¿Por ejemplo?

—Deshacerse de un rival en el terreno económico o simplemente amoroso —contestó Doreen—. He perdido muchas horas de sueño y he estudiado a fondo las noticias de las desapariciones, producidas, como ya he dicho, apenas cometidos esos asesinatos.

—¿Significa eso que yo corro peligro de desaparecer? —Se espantó Banner.

Ella le dirigió una profunda mirada.

—No tendría nada de particular, Jim —contestó—. Es más, he tenido con usted una suerte loca al encontrarle y me convendría que lo secuestrasen, como a los otros asesinos.

—Doreen, le he dicho y se lo repito otra vez, que yo no maté a Huntington. ¿Ha visto usted las fotografías que me enviaron?

—Sí, desde luego.

—El cadáver de Huntington tenía un balazo en la frente. Yo disparé apuntando a su pecho.

—Con los cartuchos de fogeo que le entregó Bessie, ¿verdad?

Banner hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, justamente —contestó. Y, en tono plañidero agregó—: Doreen, ¿por qué lo haría?

—La razón es sencilla, Jim; pertenecía a la banda que es la causante de esas desapariciones que yo estoy investigando.

—Pero... ¿cuál es el motivo? ¿Son muchos los desaparecidos?

—Respecto a los motivos, no puedo contestarle, porque lo ignoro. En cuanto a los desaparecidos, su número no baja de las dos docenas.

Banner se sintió espantado.

—Los habrán asesinado —dijo lúgubrementemente.

—No lo creo. Estoy segura de que todos se encuentran en algún sitio... que no soy capaz de imaginarme por ahora. Pero todos están vivos, Jim.

—Tal vez, Doreen. Y, dígame, ¿por qué se ha lanzado usted a investigar este asunto?

Los ojos de la joven chispearon.

—Muy sencillo, Jim, porque uno de los desaparecidos es mi hermano Elliot —contestó.

CAPÍTULO V

Sonó el timbre del teléfono. Banner contempló el aparato en silencio, sin moverse del sillón en el cual se hallaba sentado.

El timbre sonó largo rato, hasta que el que llamaba cortó la comunicación al otro lado. Banner continuó la espera.

Pasados diez minutos, volvió a sonar el teléfono. Banner dejó pasar solamente unos segundos y levantó el aparato.

—¿Sí? —murmuró.

—¿Banner?

—El mismo... —Banner tosió dos o tres veces—. ¿Steass?

—Sí. ¿Qué le ha pasado? ¿Por qué no me contestaba?

—Le ruego me dispense, señor Steass —contestó el joven con voz de tonos humildes y entre toses y carraspeos—. Estaba en la cama con un fuerte ataque de catarro... La primera vez que llamó me imaginé que sería usted, pero llegué tarde... Ahora... estaba esperando junto al teléfono...

—Entonces, ¿no puede salir de casa?

—No, tengo bastante fiebre... El médico me ha recomendado unos días de absoluto reposo... Lo siento mucho, señor Steass. ¿Quería... hablar conmigo?

—Pues sí, ésta es la verdad; me interesaba hablar con usted —admitió Steass.

—En ese caso, ¿por qué no viene a mi casa? Dejaré la puerta abierta... bueno, cerrada pero sin llave...

—Lo siento, no puedo ir, pero le enviaré uno de mis hombres de confianza. Haga todo lo que él le indique y conteste a todas las preguntas que le formule, ¿entendido?

—Sí, señor Steass, no faltaría más. Y... por favor, ¿cómo se llama ese muchacho?

—Hag Olson. Atiéndale como si fuese yo mismo, por favor.

—Siempre a sus órdenes, señor Steass. Créame que lamento lo

del catarro, pero si no fuera por eso, yo...

—No se preocupe —dijo Steass benignantemente—. Lo importante es que se cure. Adiós, Banner.

—Buenos días, señor Steass.

El joven sonrió satisfecho. Creía haber hecho una buena imitación de un catarroso.

Hacía más de cuarenta y ocho horas que esperaba la llamada de Steass. La idea de fingirse enfermo, para atraerle a su casa y obligarle a hablar, se le había ocurrido después de la entrevista de Doreen.

Ahora, se dijo, ella tenía que saberlo. A Doreen le gustaría hablar con alguien que parecía estar en el secreto de las misteriosas desapariciones.

Lo malo era que Steass no acudiría en persona, pero el hecho de que hubiese anunciado a uno de sus hombres de mayor confianza, daba ánimos a Banner para tener confianza en el futuro.

Marcó el número de la muchacha y esperó. Casi creía que ella no estaba en casa, cuando, al fin, oyó el alegre timbre de su voz.

—¿Quién es?

—Jim, Doreen. ¿Estaba durmiendo?

—Peor que eso —contestó ella jovialmente—. Estaba en el baño. Imagínese el aspecto que tengo ahora, envuelta en una toalla y chorreando agua por todas partes...

—Debe de ser una visión encantadora —aseguró.

—¡Atrevido! Vamos, hable pronto, que se me enfría el agua en la bañera. ¿De qué se trata, Jim?

—Del señor Steass. Me ha anunciado la visita de uno de sus secuaces de confianza.

—¿En su propia casa, Jim?

—Sí, Doreen.

—¡Pero eso es estupendo! ¿Cómo lo ha conseguido usted?

—Steass quería citarme en algún sitio, por lo visto, pero yo me fingí enfermo, con fiebre, catarro y demás. Le aturdí a fuerza de toses y carraspeos...

Doreen soltó una ruidosa carcajada.

—Muy ingenioso, Jim —dijo—. Le felicito. ¿Qué más?

—Steass es un tipo escurridizo y dijo que él no podría venir, pero que enviaría a un tipo llamado Hag Olson. ¿Le suena ese

nombre, Doreen?

—No, en absoluto, pero tampoco importa demasiado. Una cosa, Jim; reténgalo hasta que llegue yo. Por todos los medios, ¿comprende?

—Sí, Doreen, desde luego.

—Iré lo más pronto que pueda —prometió ella.

Banner volvió el aparato a su sitio. Contempló la pistola automática que tenía al alcance de la mano y se dijo si sería capaz de usarla.

Aquella pistola había pertenecido a Harvey. Por cierto, se preguntó, ¿habría logrado escapar Harvey del departamento de Bessie antes de que llegase la policía?

Meneó la cabeza tristemente. Todavía sentía la decepción causada por el descubrimiento que le había hecho saber el papel desempeñado por Bessie en aquel terrible asunto.

Ahora ya no le cabía la menor duda de que Bessie había estado implicada en el caso. Ella era la que le había dicho lo que tenía que hacer, con todo lujo de detalles... para que alguien, sin que él lo viese, impresionase una fotografía del momento en que disparaba contra Huntington.

El timbre de la puerta, sonando en aquel momento, cortó súbitamente sus melancólicas reflexiones.

Banner procuró mantener la serenidad cuando se vio frente a aquel enorme individuo, que le pasaba al menos diez centímetros de estatura. No parecía voluminoso, antes más bien, era esbelto y de excelente apostura física, pero no cabía duda de que poseía unas fuerzas descomunales.

—¿Banner? —dijo el visitante.

—Sí. Usted es Olson, supongo.

—En efecto.

El joven se echó a un lado. Olson se quitó el sombrero en el momento de cruzar la entrada.

—¿Quiere beber, Olson? —invitó Banner.

—No, gracias —denegó el visitante con sequedad—. Supongo que ya sabe a lo que vengo.

—Pues... no, no tengo la menor idea —contestó el joven con la sonrisa en los labios—. ¿Por qué no me lo explica, Olson? Steass me dijo que le atendiera a usted como si fuese él mismo... y en ese

caso, usted sabe bien a qué ha venido.

—Sí, desde luego. Se trata de lo que ocurrió el otro día en el departamento de Bessie Donovan.

Banner enarcó las cejas.

—¿Qué ocurrió? Por favor, Olson, dígamelo. Hace tiempo que no visito a mi buena amiga Bessie...

—¡No se llaga de nuevas! —cortó Olson secamente—. Bessie está muerta y también Al Pfanz. Usted estuvo allí y disparó los dos tiros que causaron la muerte de Pfanz. Me lo ha dicho Harvey, ¿comprende?

Banner no pestañeó siquiera. Caminó unos cuantos pasos, y se sentó junto a la mesa, sobre la cual, pero oculta por una revista, estaba la pistola automática.

—De modo que Harvey pudo escapar —dijo.

Olson sonrió.

—Eso ya no importa —dijo.

—Sí importa. Ella era muy amiga mía. ¿Por qué la mataron?

—Por eso mismo, precisamente, por tener con usted demasiada amistad. Habría acabado traicionándonos, en un momento de debilidad.

—Entiendo —murmuró Banner—. Aunque dudo mucho de que ella me hubiese hecho confidencias en este sentido. Yo ya había descubierto que Bessie me había engañado en el asunto de la muerte de Huntington, ¿comprende?

—Sí. ¿Qué más?

—¿Quién mató a Huntington?

—Eso no importa ahora. Banner, póngase en pie. Va a venir conmigo.

—No puedo. Estoy enfermo —contestó el joven burlonamente—. El médico me ha prohibido que salga de casa y ha dicho que, como mi enfermedad es terriblemente contagiosa, todo visitante que entre en el piso, deberá quedarse aquí, sometido a cuarentena.

Olson se sobresaltó.

—Steass sólo me habló de un simple catarro —dijo.

—Ahí es donde yo quería ir a parar —exclamó Banner—. ¿Dónde está el señor Steass en estos momentos?

—No se preocupe; ya lo verá en el instante adecuado, pero no antes de que él lo ordene.

—Se equivoca usted, Olson —dijo Banner fríamente—. Yo veré al señor Steass cuando quiera, que va a ser lo más pronto posible.

Con gesto repentino, levantó la revista, agarró la pistola y apuntó con ella a su visitante.

—Y si no me dice dónde está ese forajido, empiece a rezar ya, Olson, porque una cosa está fuera de toda duda, y es que haré fuego como se niegue a contestar a lo que le pido.

La vista del arma dejó a Olson paralizado por el asombro durante unos momentos. Banner sonrió complacido al observar la sorpresa que se reflejaba en el rostro del individuo.

—No me creía capaz de una cosa semejante, ¿verdad? —dijo. Ostentosamente, quitó el seguro y preguntó—: ¿Dónde se encuentra Steass en estos momentos?

Olson emitió un gruñido.

—Aparte ese cacharro...

—¡Hable! —gritó Banner, poniéndose en pie de un salto—. Hable o le mato. Ustedes me han achacado un crimen y yo no tengo ganas de purgar culpas ajenas. ¡Hable o le mato!

El aspecto del joven era terrible. Olson sintió miedo.

El sudor brilló de pronto en su frente. Tras unos segundos de vacilación, contestó:

—Steass vive en la Cuarta Avenida, 1873...

—¿Por qué ha hecho todo eso conmigo? ¿Por qué quiere culparme con un asesinato que no he cometido?

—Banner, le juro que yo sé menos de lo que usted se piensa. He oído hablar a Steass de una isla en el Caribe, pero no sé más.

—Sólo es un esbirro de Steass, ¿verdad? —dijo el joven despreciativamente.

Olson hizo una mueca que quería ser una sonrisa.

—El calificativo es un poco fuerte —se quejó.

—Exacto, es la palabra justa.

Hubo un breve instante de silencio. Luego, Banner continuó:

—Olson, cuando Steass me telefoneó, dijo que le atendiera a usted como si de él mismo se tratase. Bien, eso significa que usted ha venido aquí con una misión determinada. ¿Cuál es esa misión?

Olson volvió a sonreír.

—¿Me permite un cigarrillo? —preguntó.

Banner se puso rígido.

—¡Cuidado! —advirtió—. Si trata de jugarme una mala pasada, dispararé sin vacilar.

—Sólo es un cigarrillo —dijo Olson.

Metió la mano derecha en el bolsillo de su bien cortado gabán de paño y extrajo una pitillera, que abrió parsimoniosamente. Sacó un cigarrillo y se lo puso en los labios.

Acto seguido, guardó la pitillera y extrajo un mechero. Pero, en el mismo instante, Banner notó el súbito chispazo que había aparecido en los ojos de su visitante y, por instinto, se hizo a un lado, en el momento en que el cigarrillo que Olson tenía en la boca disparaba una flechita que pasó rozando el cuello del joven.

Banner notó claramente la rozadura del diminuto proyectil en su piel, justo debajo de la oreja. En el mismo momento, su dedo índice se contrajo bruscamente y la pistola emitió una estruendosa llamarada.

La sonrisa desapareció de los ojos de Olson, transformándose en una mueca de agonía. El cigarrillo se desprendió de sus labios y sus rodillas empezaron a doblarse.

Banner le contempló estupefacto. Olson se arrodilló primero y luego hundió la cara en la alfombra del piso. Pateó un poco y se quedó inmóvil casi en el acto.

El joven se pasó una mano por la frente. Era el segundo homicidio que cometía en pocos días.

—¿Voy a pasarme la vida pegando tiros a diestro y siniestro? —se preguntó, amedrentado.

De repente, se acordó del proyectil que Olson le había disparado con la cerbatana que era el supuesto cigarrillo. Se llevó la mano al lugar donde había notado la rozadura y al mirarse los dedos, vio en ellos unas ligeras manchitas de sangre.

Una oleada de terror invadió su ánimo. ¡Olson le había disparado una flecha envenenada!

Súbitamente, notó una extraña flojedad en todo el cuerpo. Iba a morir, pensó.

Al menos, se dijo, procuraría que los culpables fuesen castigados. Haciendo un esfuerzo terrible para dominar la creciente debilidad que le invadía, buscó papel y lápiz. Doreen estaba a punto de llegar. Ella le vengaría.

Minutos más tarde, yacía inmóvil junto al cuerpo de su víctima.

CAPÍTULO VI

La muchacha que vestía traje de cuero negro, con botas altas del mismo material, cuyo borde quedaba a diez centímetros por encima de las rodillas, se detuvo ante la puerta y apretó el llamador.

Doreen tocó el timbre varias veces. Extrañada al no recibir respuesta, agarró el pomo y lo hizo girar.

La puerta no tenía la llave echada. Doreen asomó la cabeza cautelosamente y vio una sala desierta.

Entró sin hacer ruido. Pendiente del hombro izquierdo llevaba una bolsa de cuero, también negro, del que extrajo un pequeño revólver, provisto de silenciador.

Avanzó unos pasos. De pronto, divisó unas manchas en una alfombra que se le antojaron sospechosas.

Se arrodilló y tocó una de las manchas con la yema del índice. Sus ojos escrutaron con interés aquella sustancia húmeda, de color rojo oscuro.

—Sangre —musitó.

Salvo por aquellas manchas, la habitación parecía absolutamente en orden. No se apreciaban señales de lucha y el silencio era total.

Doreen examinó las habitaciones interiores. Empezó a temer por la suerte de Jim Banner.

¿Lo habían asesinado?

Al menos, estaba herido. Era indudable que después de herirlo e inutilizarlo, en consecuencia, se lo habían llevado.

¿Adónde?

Ésta era la pregunta que ella no se sentía en condiciones de responder por sí misma. De pronto, cuando ya se disponía a practicar un minucioso registro del departamento, percibió el brillo de un objeto caído en el suelo, debajo de un diván.

Se agachó. Era un lápiz metálico. Más al interior, divisó un trozo

de papel.

Estiró la mano y sacó el papel. Arrodillada, leyó:

«Isla Caribe. Steass, Cuarta Avenida, 1873».

—Una isla en el Caribe —musitó ella—. No es una pista como para saltar de alegría, vamos, pero menos es nada. Lo más interesante es que Jim supo el domicilio de Steass...

Se puso en pie. Acababa de tomar una determinación.

Steass sabía muchas cosas. Entre ellas, el paradero de Jim.

—Yo le obligaré a que me lo diga —musitó, firmemente resuelta a llevar a cabo sus propósitos.

Allí ya no tenía nada que hacer. Giró sobre sus talones y se encaminó decidida hacia la puerta.

Jim Banner abrió los ojos y sintió un terrible zumbido en el interior de su cráneo.

Estaba tendido sobre una litera, estrecha y no demasiado blanda, pero ello no era mayor molestia. Al intentar moverse, encontró que unas sólidas correas de cuero le impedían el menor movimiento.

Trató de mirar a su alrededor. La oscuridad era casi absoluta. Apenas si entraba una rendija de luz por una puerta situada en el fondo de lo que él calculó era su calabozo.

El recuerdo de lo ocurrido en su casa le vino de pronto a la mente. Rememoró la conversación con Olson y los momentos finales de la misma.

Un suspiro de alivio se escapó de su pecho al darse cuenta de que la flechita disparada por Olson no estaba envenenada. Simplemente, contenía una sustancia narcótica, cuyos efectos desaparecían de su organismo con gran rapidez.

—Así, pues, no quería matarme —musitó.

Había cometido un error al disparar contra Olson, pero ¿quién diablos iba a suponerlo en aquellos instantes? Lo lógico era pensar, como le había ocurrido, que la flechita estaba envenenada. Su reacción al apretar el gatillo de la pistola había resultado enteramente natural.

Luego se preguntó cómo había ido a parar a aquel calabozo. No había más que una respuesta.

Olson había acudido a su casa, seguido por algunos de sus compinches, todos esbirros de Steass, no cabía la menor duda. Su secuestro estaba ya planeado de antemano.

Durante su inconsciencia, los secuaces de Steass habían entrado en el piso y se lo habían llevado. Pero ¿dónde diablos se encontraba ahora?

De pronto, se acordó de la nota que había escrito. ¿La hallaría Doreen?

El desánimo invadió su espíritu cuando hizo cálculos y averiguó que su secuestro se había producido, inevitablemente, antes de la llegada de la muchacha. Los secuestradores habrían encontrado la nota y a estas horas, Doreen no tendría la menor pista que le permitiese continuar sus investigaciones.

Aquel horrible zumbido seguía resonando en el interior de su cráneo. Le parecía que una barra de hierro al rojo vivo le traspasaba el cerebro.

De súbito, la litera se movió hacia abajo, como si los cuatro puntos de apoyo hubiesen fallado simultáneamente. Entonces fue cuando Banner se percató de que aquel zumbido procedía del exterior.

Sencillamente, era el zumbido de los motores de un avión.

Doreen Colphax llegó ante la puerta de la residencia de Steass y pulsó el timbre de llamada. Esta vez llevaba el bolso a la derecha y la mano en su interior.

Pasaron algunos segundos. La puerta se abrió y un hombre apareció ante ella.

Durante unos segundos, Doreen y el individuo se contemplaron mutuamente con cara de sorpresa. Ella, sin embargo, fue la primera en reaccionar y sacó el revólver, anticipándose por fracciones de segundo a un gesto análogo de Harvey.

—Adentro —ordenó secamente.

Harvey alzó las manos.

—¿Qué es lo que quiere? —Gruñó.

—Hablar con su patrón —contestó Doreen—. ¿Dónde está Steass?

—Ha salido de viaje...

Doreen cerró de un taconazo.

—De viaje, ¿eh? —dijo con sorna—. Me está engañando,

Harvey.

—Le juro que es la verdad.

—Bien, en ese caso, dígame adónde ha ido.

Harvey apretó los labios. Doreen se dio cuenta que el individuo no estaba dispuesto a hablar.

Los ojos de la muchacha recorrieron el lujoso interior del piso.

—A Steass le gusta vivir bien —comentó.

Harvey se encogió de hombros.

—Gana dinero —alegó.

—Sí, de una forma poco honrada. Vamos, Harvey sea buen chico y no me obligue a pegarle un balazo.

—Dispare cuando quiera, pero no por ello conseguirá arrancarme algo que ignoro.

—¿Qué me dice de la isla del Caribe?

Harvey respingó.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Un pajarito —contestó ella burlonamente—. Es verdad, ¿no?

Los labios de Harvey se plegaron de nuevo en una mueca de inconfundible significado.

—De modo que no quiere hablar —dijo Doreen—. Está bien. Vamos a ver si ahora le da por continuar callado.

Levantó la mano y apuntó a la frente de Harvey. El sujeto sonrió desdeñosamente.

—Usted no dispararía contra mí a sangre fría —se burló.

—Es verdad —reconoció Doreen humildemente—. Tengo esa ventaja sobre usted; no mato a la gente por dinero. Ni tampoco por ningún otro motivo, quede esto bien sentado.

Hubo un momento de silencio. Luego, Doreen agregó:

—Bien, ya no tenemos nada más que hablar —guardó el revólver dentro del bolso y se despidió del pistolero—: ¡Adiós, Harvey!

Giró sobre sus talones y se encaminó hacia la puerta. Un segundo después, dio media vuelta y se enfrentó son Harvey, que caía sobre ella.

—Me lo suponía —dijo desdeñosamente.

Antes de que el pistolero se diese cuenta, ya estaba volando por los aires. El aterrizaje, de cara, arrancó a Harvey un agudo grito de dolor.

Sonriente, Doreen dejó el bolso a un lado y permitió a Harvey que se pusiera en pie. El hombre intentó sacar una pistola, pero ella le desarmó fácilmente.

Al segundo siguiente, Harvey corría hasta chocar violentamente contra la pared. Gritó y cayó de espaldas, Doreen le apostrofó con agudo sarcasmo:

—Vamos, hombre duro. Levántese y continúe peleando.

Harvey se puso en pie. Sacó un pañuelo y se lo puso en la nariz, de la que fluía un abundante chorro de líquido rojo.

—El nombre de la isla es Sybar —gruñó.

Doreen enarcó las cejas.

—¿Sybar? No me suena en el Caribe —objetó.

Harvey se encogió de hombros.

—Eso es todo lo que sé...

—No —cortó ella bruscamente—. Usted sabe algo más. ¿Quiere que continúe el tratamiento?

—Basta —pidió Harvey, amedrentado por aquella mujer, que, sin perjuicio de su femineidad, parecía poseer las fuerzas de Hércules—. Yo no sé más... aunque quizá se lo digan en la *Ellis Employment Agency*.

—¿Una agencia de colocaciones? —preguntó Doreen.

—Sí.

—¿Dónde está?

—Calle 44 Este, 329.

—Bien, visitaremos la agencia, pero antes...

Harvey no se dio cuenta de cómo había ocurrido, pero en pocos minutos se encontró en el suelo atado y amordazado.

—Eso es para que no se le ocurra telefonear a la agencia —sonrió la muchacha.

Ya se disponía a salir, cuando, de pronto, reparó en un gran cuadro al óleo que pendía de una de las paredes.

El cuadro representaba a un hombre de unos cincuenta y cinco años de edad, grueso, ligeramente calvo, de ojos un tanto saltones y expresión autoritaria.

Doreen meneó la cabeza.

—Tiene todo el aspecto de un emperador romano —dijo para sí—. Sólo le falta la corona de laurel, la toga con grecas de oro... y la lira. Entonces sería Nerón.

Se puso la mano en la barbilla y siguió contemplando la imagen con aire pensativo.

—A ese tipo le he visto yo antes de ahora, pero no puedo recordar dónde —musitó.

Y luego, encogiéndose de hombros, giró sobre sus talones y se dispuso a salir a la calle, decidida a solicitar trabajo en la Agencia de Colocaciones Ellis.

CAPÍTULO VII

El hidroavión describió un círculo descendente en el aire y se aproximó rápidamente al océano. Momentos después, sus flotadores levantaban chorros de blanca espuma al contacto con las aguas.

Banner percibió claramente el momento del amerizaje. Su litera se agitó durante unos momentos antes de quedarse relativamente inmóvil, sacudida solamente por un ligero balanceo.

La puerta de la cámara se abrió y un chorro de luz llegó a los ojos del cautivo. Dos hombres entraron y le quitaron las correas, haciéndole ponerse en pie.

—Salga —ordenó uno de ellos.

Banner obedeció mansamente. Atravesó una cabina de pasajeros, con capacidad para seis plazas y se asomó a la escotilla.

Abarloada por la popa al aparato, había una gran canoa, cuyo aspecto era más bien el de una torpedera. Dos o tres individuos vestidos de blanco atendían a la maniobra.

Steass se hallaba en el puente de la lancha, vestido impecablemente con chaqueta azul marino de *yatchman*, gorra de visera, pantalones blancos y pañuelo rojo, con lunares blancos, al cuello. A su lado se hallaba el que parecía patrón de la embarcación.

—Salte.

Banner pasó a la lancha, ayudado por uno de los tripulantes. La nave se apartó lentamente del hidroavión.

—Bienvenido a bordo, señor Banner —dijo Steass, jovialmente.

Banner le dirigió una ceñuda mirada. Steass descendió del puente descubierto y movió una mano en dirección a la cabina.

—Entre. Voy a tener el gusto de invitarle a una copa.

—Bébasela usted —contestó el joven, secamente—. ¿Adónde diablos me llevan?

—Ya es hora de que lo sepa —sonrió Steass—. Vamos a la isla de

Sybar.

—Alguien me habló de una isla, en efecto.

—Olson, ¿verdad? Pobre hombre, se descuidó un poco y...

—¿Qué han hecho de su cadáver?

Steass se encogió de hombros.

—¿Qué importa ya lo que haya podido pasar con el cadáver de un descuidado? Vamos, entre de una vez; le aseguro que no trato de hacerle ningún mal.

Steass se hallaba ya con un pie en el primer peldaño de la escalerilla que conducía a la cabina cubierta. De pronto, Banner oyó un distante rugido, por encima del petardeo de los poderosos motores de la lancha.

Volvió la cabeza. El hidroavión se deslizaba a toda velocidad, dejando tras sí una estela de espumas blanquísimas. Un segundo más tarde, saltó al aire y se elevó raudamente, a la vez que describía una curva de gran radio, a fin de tomar el rumbo de regreso.

Al ver aquello, Banner se sintió invadido de una cólera terrible. Un velo rojo surgió repentinamente delante de sus pupilas.

Levantó el pie y golpeó brutalmente el costado de Steass, lanzándolo al interior de la cabina. Steass gritó pero su grito fue cortado de súbito por un seco golpe.

Sonaron gritos de alarma. Banner corrió a la escala que accedía al puente y trepó por ella en dos saltos abalanzándose sobre el timonel, antes de que pudiesen apercibirse a la defensa.

Banner golpeó sin reglas, poseído por una terrible furia. El timonel soltó la rueda y cayó al suelo.

Los tripulantes corrían hacia él. Banner agarró la rueda y la hizo girar a toda velocidad, a la vez que se agarraba con fuerza a las cabillas.

La lancha viró ceñidamente, a más de veinte nudos a la hora. El brusco viraje arrojó a los marineros rodando por cubierta, en medio de un infernal pandemónium de gritos e imprecaciones de todo género.

Banner rió alegremente. Ahora era el comandante de la nave. Dos tripulantes se levantaron, pero los arrojó al suelo por el expeditivo procedimiento de hacer virar de nuevo a la lancha. La velocidad de la embarcación seguía incrementándose.

Uno de los tripulantes le amenazó con una pistola. Una vez más, Banner ejecutó la misma operación.

El individuo, perdido el equilibrio, cayó hacia atrás y saltó al agua por encima de la borda, chillando frenéticamente. Banner vio cerca de él la palanca de gas y tiró bruscamente, deteniendo casi por completo la marcha de los motores.

El cuadro de mandos estaba al alcance de su mano. Movié un par de controles y luego empujó de nuevo, a fondo, la palanca de gas.

La primera operación no había detenido apenas la veloz marcha de la nave, que seguía adelante por inercia. Pero al actuar por segunda vez, había colocado los motores en reversa y, al inyectarles gas a fondo, las hélices giraron brutalmente en sentido contrario.

Fue como un tremendo frenazo. Agarrado al timón, lo resistió bastante bien, pero los marineros que se habían incorporado, salieron disparados hacia adelante.

Uno de ellos corrió inclinado varios metros. Su cabeza chocó contra un mamparo y cayó redondo al suelo.

Ahora la lancha retrocedía a toda velocidad, saltando y rebrincando de una manera espantosa. De pronto, sonaron unos horribles chillidos que procedían del mar.

Banner volvió la cabeza y divisó a un hombre en el agua, agitando frenéticamente los brazos. Pero fue una visión que duró apenas un segundo: casi en el acto, la lancha se le echó encima y las dos hélices, girando al máximo de revoluciones, acallaron en el acto los gritos del individuo.

El joven decidió que había que invertir la maniobra, a fin de continuar aturdiendo a los tripulantes y hacerse con la embarcación definitivamente. Fue en aquel instante cuando sintió en la nuca el contacto de un objeto duro y frío.

—Suelte en el acto la rueda o le perforo el cráneo.

Los grises ojos de Doreen Colphax escudaron unos instantes el rótulo que indicaba había alcanzado su objetivo. Tras algunos segundos de vacilación, empujó la puerta y entró en un antedespacho, decorado con numerosas fotografías de artistas de ambos sexos, en donde un pálida y esquelética secretaria, tecleaba con el mismo aburrimiento que empleaba para mover las mandíbulas y masticar chicle.

—Hable —invitó la mecanógrafa sin mirar siquiera a la recién llegada.

—Trabajo —respondió Doreen con idéntica concisión.

—¿Qué clase de trabajo?

Doreen empezó a sospechar qué clase de agencia era aquélla.

—Cualquiera —dijo.

—Espere —pidió la espiritada mecanógrafa.

Alargó la mano hacia el interfono y dio el contacto.

—Señora Stebbins, un ejemplar clase

O-A

—anunció.

—Bien, que pase —brotó por el interfono lo que parecía la voz de un elefante constipado.

La secretaria hizo un gesto con la cabeza.

—Aquella puerta —indicó.

—Gracias.

«Si ahorran en dinero tanto como en palabras, no cabe duda que la agencia debe rendir muy buenos beneficios», pensó Doreen, mientras empujaba una puerta de vidrio translúcido en la que, contra la costumbre, no se leía escrito el nombre de su ocupante.

Entró en un amplio despacho, de vulgar decoración, y se encontró ante una mujer de unos cincuenta años, casi tan alta como ella y enormemente gruesa, la cual sostenía un cigarro habano entre los dientes, mientras miraba escrutadoramente a la recién llegada.

—De modo que usted busca trabajo, cualquier clase de trabajo —dijo la gorda.

—Sí, señora Stebbins.

—Tengo uno muy bueno para usted, pero... Todavía no ha dicho su nombre, señorita.

—Carla Carlton —dijo Doreen sin inmutarse.

—No está mal —comentó la señora Stebbins, mirándola a través de las nubes de humo de su cigarro—. Aligere el vestuario, quiero ver el tipo.

—¡Oh! —exclamó Doreen, mordiéndose los labios. Pero casi enseguida se recuperó—. Por supuesto, sí, señora Stebbins.

Instantes después, volvía a presentarse tal como se le había pedido. La señora Stebbins se levantó, dio dos vueltas en torno a la joven, estudiándola minuciosamente de los pies a la cabeza y, al fin,

volvió a su mesa.

—Puede vestirse —ordenó secamente.

—¿Y bien? —preguntó Doreen—. ¿Qué hay de mi trabajo?

—Es fuera del país, señorita Carlton.

—Si está bien pagado, no importa.

—Sobre eso, no debe preocuparse. Debería estar lista para salir pasado mañana al amanecer.

—Conforme.

La señora Stebbins extendió una mano.

—Siéntese, por favor, señorita Carlton —dijo, ya con más cortesía—. Ahora vamos a hablar de los pormenores de su viaje y de sus honorarios. En cuanto al trabajo que debe desempeñar, será... digamos de azafata, entretener y distraer a la clientela, ¿comprende? Pero sobre esto ya le darán más detalles en su punto de destino.

Para Doreen, ya no cabía la menos duda: su punto de destino se hallaba en aquella isla del Caribe a la cual, con toda seguridad, había sido conducido también Jim Banner.

La lancha llegó al oscurecer a un embarcadero situado en el fondo de una angosta cala, iluminado por un par de lámparas de regular potencia. En el momento de atracar, un marinero abrió la puerta de la diminuta cabina en donde Banner había cubierto la última etapa de su viaje, a partir del instante en que fue capturado por el patrón de la embarcación.

El marinero estaba armado con una pistola.

—Salga —ordenó.

Banner ascendió con rapidez a la cubierta, en donde aspiró el aire puro y salino que provenía del océano. Cerca de la popa, divisó a Steass con la cabeza vendada.

El individuo le dirigió una rencorosa mirada.

—Venga por aquí, señor Banner.

El joven obedeció en silencio. Siguiendo a Steass, cruzó la plancha, seguido por el marinero armado, y saltó a tierra.

Un *jeep* aguardaba ya en una pequeña explanada situada en las inmediaciones del embarcadero. Banner fue obligado a ocupar el asiento contiguo al del conductor. Directamente detrás de él, se sentó el marinero de la pistola.

—Espero que no nos obligue a tomar drásticas medidas contra

usted, señor Banner —dijo Steass con suave acento—. Mi gran desdicha es que usted no me pertenece; de lo contrario, puede creermelo, le habría hecho pagar ya muy caro el vejatorio ataque de que he sido objeto.

—La lástima es que no se haya roto la cabeza —gruñó el joven, mientras el conductor hacía arrancar el vehículo.

Banner se sintió muy preocupado por las palabras de Steass. ¿Qué había querido decir con aquella frase «usted no me pertenece»?

Una vaga angustia invadió su ánimo. Algo iban a hacer con él en la isla de Sybar y presintió que, fuera lo que fuese, no tendría nada de bueno.

Era muy probable que se quedase allí para siempre.

El camino, más bien una trocha, serpenteaba entre una serie de lomas bajas cubiertas de frondosa vegetación tropical. Los faros del vehículo disipaban la noche al frente del mismo, pero no en los lados, por lo que Banner no podía ver el paisaje que le rodeaba.

Sin embargo, pudo darse cuenta de que, en general, el camino seguía una trayectoria ascendente. El viaje no duró demasiado; escasamente diez minutos.

De repente, el *jeep* empezó a descender hacia un espacioso valle, en el que se divisaba una brillante iluminación. Banner vio grandes edificios, de una sola planta, por lo general, una anchurosa calle, muy bien iluminada y, lo que le dejó lleno de pasmo, una diminuta plaza de toros.

Una vez había estado en México y asistió a una corrida de toros. Además, había visto bastantes fotografías sobre el particular para no equivocarse acerca del destino de aquel edificio de forma circular.

—Espero no figurar yo un día como protagonista de la fiesta —dijo.

Steass le dirigió una enigmática mirada.

—¿Quién sabe? —contestó blandamente.

Banner se puso a pensar sobre el significado de aquella respuesta. Pero no pudo hacerlo por mucho rato.

El *jeep* enfiló una recta que moría ante una puerta de red metálica y tubo de acero, en la cual había dos centinelas armados, vestidos con boinas de color marrón oscuro, camisa de manga corta y *shorts*. A ambos lados de la puerta y hasta perderse de vista,

empezaba unas alambradas de trama muy espesa y cuatro metros de altura.

Aquella muralla metálica tenía de trecho en trecho, unos carteles cuyo significado hizo estremecer a Banner:

¡PELIGRO!
ALAMBRADA ELECTRIFICADA
TENSIÓN:
15 000
VOLTS.

CAPÍTULO VIII

Asomado a la ventana de su encierro, pequeño y, además, protegido por una sólida reja, Banner podía divisar perfectamente el paisaje de aquel pequeño pueblo.

Hasta él llegaban risas y voces que provenían de una casa de planta baja, grande y espaciosa. La fachada estaba muy iluminada y los ruidos salían a través de sus ventanas, abiertas de par en par a causa de la excelente temperatura ambiental.

Estaba allí desde el momento mismo de su arribada a la isla. Steass le había conducido a la celda, dejándole encerrado sin más explicaciones.

Uno de los edificios le tapaba la plaza de toros. Era el único de planta y piso y tenía una apariencia muy superior a las restantes. Banner podía ver ventanas iluminadas en el primer piso, pero lo que había al otro lado quedaba oculto por los cortinajes.

Por enésima vez se preguntó qué era lo que pretendían hacer con él. «No irán a soltarme en la plaza delante de un toro bravo», masculló disgustadamente.

Se separó de la ventana y paseó por la celda, sobriamente decorada, incluso con un diminuto cuartito de aseo adyacente. Pero no tenía libros ni periódicos ni siquiera un aparato de radio con el cual entretener su aburrimiento.

De pronto, se abrió la puerta. Dos personas aparecieron en el umbral.

Banner detuvo sus paseos. Una hermosa muchacha, portadora de una bandeja con comida, le dirigió una cálida sonrisa.

—Su cena —anunció.

Ella era joven y poseía un tipo escultural, que se podía admirar perfectamente.

Pero detrás de la muchacha había un tipo de cara fosca, armado con una pistola ametralladora. Banner entendió en el acto que lo

más prudente era olvidar sus ideas agresivas.

La muchacha dejó la bandeja sobre la mesa y se retiró, después de desearle las buenas noches. Tras algunas vacilaciones, Banner se acercó a la mesa y levantó la servilleta que cubría la bandeja.

—¡Mmmm...! —exclamó, al ver los manjares—. Al menos, no se puede decir que sean tacaños.

Y como tenía apetito y, a fin de cuentas, quedarse en ayunas no iba a solucionar sus problemas, agarró una silla, se sentó frente a la mesa y empezó a comer sin remilgos.

Aquella noche durmió mejor de lo que había esperado. Todavía estaba durmiendo cuando le despertó ruido de llaves en la cerradura de la puerta.

Dos hombres entraron en la celda. Uno de ellos era Steass.

El otro era un sujeto bajo, rechoncho, de cara cuadrada y pelo cortado a cepillo. Pendiente de la cintura, llevaba una pistola en su funda, con un par de cargadores de repuesto.

—Buenos días, Banner —saludó Steass con una sonrisa—. Tengo el gusto de presentarle al señor Gustafson. Kally, éste es su hombre.

—Hola —dijo el tipo bajo y rechoncho—. Póngase en pie, ¿quiere?

Banner saltó de la cama. Kally Gustafson se le acercó y palpó los bíceps de sus brazos.

—Buenos músculos, pero poco ejercitados —calificó a los pocos segundos.

—Kally, de usted depende el resto —sonrió Steass.

—Déjelo de mi cuenta —contestó Gustafson con aire de suficiencia.

—Bueno, pero ¿qué diablos es lo que pretenden hacer conmigo? —estalló Banner, hirviendo de impaciente.

—El señor Gustafson tendrá mucho gusto en explicárselo —dijo Steass sonriendo—. A partir de ahora y hasta nueva orden, acatará sin rechistar todas sus indicaciones. De lo contrario, créame, señor Banner, tenemos en Sybar medios para persuadir a los más recalcitrantes.

Se encaminó hacia la puerta. Desde allí se volvió y miró al aturdido prisionero.

—Y tenga en cuenta una cosa —advirtió para finalizar—; esto no es la lancha que usted estuvo a punto de capturar. Aquí hay gente

mucho más dura, ¿comprende?

—Yo formo parte de esa gente más dura —dijo Gustafson plácidamente—. Vamos, Banner, vístase; hemos de empezar a trabajar inmediatamente.

—¿Qué clase de trabajo? —preguntó el joven.

—Entrenamiento físico y deportivo.

—¿Para qué?

—No haga preguntas —rezongó Gustafson de mal humor—. Vístase de una vez, Banner.

—¿Y el desayuno, qué?

—Primero haremos unos cuantos ejercicios y luego descansaremos. Entonces desayunará. ¡Andando!

Banner contempló los fríos ojos de Gustafson y supo que no podía esperar piedad de él si provocaba su enojo. Gustafson había traído consigo una bolsa de lona, que arrojó a las manos del joven.

—Su indumentaria de entrenamiento —dijo.

Minutos más tarde, Banner, vestido adecuadamente, llegaba a una explanada situada a unos quinientos metros de los edificios, bajo los árboles. Había un trozo de suelo liso y en excelentes condiciones para correr, así como algunos aparatos gimnásticos y también pesas y bolas de distintos tamaños.

—Antes de empezar con el primer ejercicio —dijo Gustafson—, quiero hacerle una advertencia. No sólo soy un buen entrenador de deportes, sino también...

Sacó la pistola y quitó el seguro. Con la mano izquierda, señaló un arbusto situado a veinticinco pasos.

—Mire las tres ramitas superiores —indicó.

Banner volvió los ojos hacia el lugar indicado. La pistola escupió tres estampidos muy seguidos y las ramitas, segadas limpiamente, volaron por los aires.

Gustafson le dirigió una torva sonrisa.

—Su cuerpo es mucho más grande que las ramas de arbusto —concluyó amenazadoramente—. ¿Enterado?

Durante la semana que siguió, Banner realizó una serie de agotadores ejercicios físicos, cuya utilidad no alcanzaba a comprender en modo alguno, por más que se esforzaba en ello. Gustafson era un entrenador duro y despiadado, pero al terminar los ejercicios, se convertía en un eficiente masajista que devolvía la

elasticidad a los músculos del prisionero y se los dejaba como nuevos. Banner notó que adquiriría fuerza y resistencia, lo cual, en medio de todo, no hubiera estado tan mal, si hubiera podido saber el objetivo de aquellos entrenamientos.

La comida era excelente y en abundancia. Lo único que sucedía era que, una vez terminados los entrenamientos del día, regresaba inapelablemente a su celda.

Desde allí escuchaba los ruidos y las voces que salían del lugar que, a no dudarlo, era una sala de fiestas. Veía a hombres uniformados dirigirse al local y también a hermosas muchachas, todas vestidas de la misma forma, sin duda para divertirse un rato después del trabajo cotidiano.

A veces pensaba en Doreen y se preguntaba qué había sido de la muchacha. Ella, seguro, le habría dado por muerto. Una lástima, se decía, porque, entre los dos, habrían podido hacer allí muchas cosas.

En el noveno día de su estancia en la isla y, a mitad de uno de los entrenamientos, dirigidos inflexiblemente por Gustafson, Banner oyó una voz femenina que se dirigía al entrenador.

—Kally, ¿un nuevo luchador?

Banner suspendió sus ejercicios en el acto y se volvió.

Delante de él, a pocos pasos de distancia, había una mujer de singular hermosura, vestida con un casi transparente vestido, estampado, la cual se protegía de los feroces rayos del sol con una sombrilla que hacía juego con el vestido.

El poco espesor de la tela permitía ver un cuerpo de proporciones clásicas. Era morena, de frondosa cabellera negra, y su piel muy blanca y suave. Contaba veintiocho o treinta años, llenos de sabiduría amorosa, calculó Banner.

—En efecto, señora Beames —contestó Gustafson—. Un nuevo luchador.

Ella se acercó al joven y lo estudió cuidadosamente con sus grandes pupilas negras, mientras que sonreía de una manera singular.

—Un hombre pleno de atractivo —murmuró con voz insinuante—. ¿Su nombre, por favor?

—Jim Banner, señora —contestó el joven, cuya única indumentaria consistía en unos *shorts* de entrenamiento.

—Soy Orchid Beames —dijo ella, entornando la: pestañas. Se volvió hacia el entrenador—. Kally, quiere que Banner asista esta noche a la fiesta de despedida.

—Sí, señora —contestó Gustafson, inclinándose respetuosamente.

—Yo me encargaré de hablar con el señor Stafford —añadió Orchid. Volvió a mirar al joven, sonrió y se dispuso a dar media vuelta para alejarse de aquel lugar.

De pronto, sonaron a lo lejos unos gritos de alarma.

—¡Alto, alto!

Un hombre apareció corriendo desesperadamente entre los árboles.

—¡No, no iré al circo! —aullaba con frenesí.

Parecía enloquecido por el pánico. Gustafson tiró de la pistola.

El hombre pasó a treinta metros de ellos, seguido por dos que venían tras él a todo correr. Sus perseguidores iban armados con sendas pistolas ametralladoras.

De pronto, el fugitivo movió la mano derecha y lanzó hacia adelante un objeto oscuro, de forma ovoidea.

La bomba de mano se deshizo en un relámpago atronador. Al mismo tiempo, se vieron unos chispazos blancoazulados, de origen eléctrico.

Banner comprendió que el fugitivo acababa de hacer saltar la alambrada electrificada. Pero el hombre no había terminado todavía.

Volviéndose en redondo, agitó el brazo y lanzó una segunda bomba de mano.

Era un tipo de gran potencia muscular y la bomba voló a más de cuarenta metros de distancia, explotando a los pies de uno de sus perseguidores, que saltó destrozado por los aires. El otro cayó, herido solamente por la metralla, pero chillando horriblemente a causa del dolor de las heridas.

Acto seguido, el fugitivo se lanzó hacia la brecha abierta en la alambrada por la explosión de la primera bomba. El bosque tropical se abrió tentador ante él para sus esperanzas de fuga.

Pero había olvidado o no se había percatado de la presencia de Gustafson. El entrenador hizo buena su demostración del primer día.

Dos disparos alcanzaron de lleno al fugitivo, desde más de treinta pasos de distancia. El hombre se convulsionó horriblemente y acabó por caer al suelo.

Banner corrió hacia él, con ánimo de socorrerle. Una bala que levantó polvo a sus pies le dejó clavado en el suelo.

—¡No se mueva!

El joven se volvió, con las facciones contraídas por la cólera. Gustafson le apuntaba con la pistola, dispuesto a hacer fuego al menor gesto sospechoso.

—Lo que ha cometido usted es un asesinato —dijo en tono acusador.

Gustafson se encogió de hombros.

—Quería huir. Ahora está muerto, mientras que, si hubiese permanecido quieto, sus probabilidades de vivir eran del cincuenta por ciento.

Banner se estremeció al oír aquellas palabras. ¿Era que su vida dependía del azar de una moneda lanzada al aire?

Miró a Orchid Beames. La mujer seguía sonriéndole con aire provocativo.

—Le aguardo esta noche en la fiesta, Banner —invitó, segundos antes de dar media vuelta y alejarse de aquel lugar, tan tranquila e impasible como si nada hubiese ocurrido.

CAPÍTULO IX

Una hermosa joven le trajo ropas nuevas al atardecer. Banner se vistió con una camisa de fino tejido y color azul claro, de manga corta, y unos livianos pantalones blancos. Su calzado consistió en unos zapatos blandos, también blancos.

Poco más tarde, vino Gustafson.

—Tengo orden de llevarlo a la residencia —dijo.

—¿A quién se le da la despedida? —preguntó él.

—Ya lo verá luego —repuso Gustafson evasivamente.

Los dos hombres se dirigieron hacia la casa de los dos pisos. El superior estaba brillantemente iluminado y ya salían voces y risas a través de sus ventanas abiertas de par en par.

Dos centinelas armados custodiaban la puerta principal. Banner cruzó un amplio zaguán, de paredes blancas y brillante suelo rojizo y, sin perder un momento la compañía de Gustafson, acometió la escalera que conducía al piso superior.

Unas espesas cortinas cerraban un arco de medio punto, en lugar de puerta. Gustafson echó las cortinas a un lado e invitó al joven a pasar al otro lado.

Banner se quedó pasmado al ver la magnificencia del lugar. Había dos largas hileras de mesas bajas, cada una de las cuales medía más de treinta metros, las cuales se reunían en el fondo por una gran mesa transversal, todas cubiertas de blancos manteles, sobre los que descansaban enormes fuentes llenas de los más diversos y apetecibles manjares.

La mayoría de las mesas estaban ocupadas ya. A Banner le pareció que se hallaba en el convite de algún rico patricio de la Roma Imperial. Las indumentarias, y no todas, eran lo único que desentonaba en aquel ambiente.

El número de hombres y mujeres era equitativo. No había sillas, sino cómodos lechos situados junto a las mesas, a fin de que los

invitados pudieran comer acostados. Veíanse innumerables botellas de vino y la alegría era general, aunque el banquete no había dado comienzo todavía.

La mesa del fondo, destinada evidentemente a la presidencia, estaba aún vacía. Banner sintió de pronto la mano de Gustafson en su hombro.

—Siga.

El joven echó a andar, pasando por detrás de una de las hileras de mesas. Los invitados no les prestaron sino muy escasa atención.

Gustafson le condujo hasta la mesa de la presidencia, deteniéndose ambos en una de sus esquinas.

—Aguarde aquí.

Banner advirtió que detrás de la mesa había otros cortinajes muy tupidos. De pronto, una mano apartó los cortinajes y varias personas entraron en la sala.

El joven se quedó estupefacto. Las cuatro personas vestían como los antiguos romanos, si bien de un modo diferente entre sí. Uno de los recién llegados era un sujeto alto, corpulento, tendente a la obesidad y con una pronunciada calvicie. Su frente estaba rodeada de una corona de laurel, hecha con oro puro.

A su lado estaba Orchid Beames, ataviada con una larga túnica de color púrpura, con grecas doradas. Una enorme perla, sujeta por un arillo de oro, adornaba su frente.

Orchid le dirigió una larga sonrisa. Mientras la sala retumbaba en aplausos de los comensales, a los cuales correspondía el anfitrión con estudiadas inclinaciones de cabeza y bien medidas sonrisas, Banner traspasó su atención a los otros dos recién llegados.

Eran unos sujetos altos, fornidos, hercúleos, vestidos con túnicas cortas, que dejaban sus piernas al descubierto. El color de las túnicas era diferente: rojo para el uno, azul para el otro.

El hombre de la corona de laurel elevó los brazos para imponer silencio, cosa que consiguió instantáneamente.

—Amigos —dijo en tono campanudo—, una vez más, nos reunimos en una fiesta de despedida a uno de los dos hombres que tengo a mi lado. Uno de ellos ya no estará más con nosotros mañana después de las cinco de la tarde; el otro, en cambio, habrá alcanzado la fortuna, la gloria... y también la riqueza. Mientras ese momento llega, procuremos hacerles gratos cada uno de los minutos

de esta velada.

Volvieron a sonar los aplausos. Banner se preguntó si soñaba.

Las palabras que acababa de oír empezaron a aclararle, aunque no del todo, lo que había oído acerca del cincuenta por ciento de sus posibilidades. El anfitrión volvió a hablar, si bien con gran brevedad:

—¡La fiesta puede empezar!

Se oyó un atronador grito de alegría. Orchid agitó levemente una enojada mano en dirección a Banner.

—Aquí —y le señaló un lecho junto al suyo, tocándose ambos por las cabeceras respectivas.

Banner se tendió de modo que casi rozaba con su frente la de la hermosa mujer.

—¿Qué es lo que va a pasar mañana? —preguntó, mientras ella le miraba profundamente.

—¿No te lo han dicho aún? —contestó Orchid, sonriendo—. Estos dos hombres, Slim Palh y Earl Tate, el rojo y el azul, respectivamente, van a contender mañana en el anfiteatro. Sólo uno de los dos saldrá con vida de la arena.

Banner se quedó helado de espanto, pues en aquel mismo instante acababa de comprender la suerte que le esperaba. Pero antes de que pudiera reaccionar, vio que se abría una puerta lateral y que por ella entraban una serie de hermosas jóvenes, todas ellas vestidas muy sucintamente, portadoras de sendas bandejas llenas de apetitosos manjares.

El joven creyó que la cabeza le estallaba. No sabía qué pensar. A la sorpresa que le había producido la declaración de Orchid, se unía la que le causaba ver a Doreen Colphax en la hilera de muchachas que iban a servir la cena a los comensales.

Los únicos que permanecían serios y ceñudos eran los luchadores. El anfitrión hablaba animadamente con Steass, también asistente a la fiesta. Steass, sin embargo, vestía con normalidad. Todavía se veía en su frente una cruz de cinta adhesiva.

El jolgorio iba en aumento progresivamente. Los ánimos de los invitados se caldeaban a medida que se vaciaban las copas de vino.

Banner apenas si había probado la cena, preocupado por las noticias que acababa de recibir y también por la inesperada presencia de Doreen. La muchacha le había reconocido, aunque su

rostro se había mostrado impasible en todo momento.

De repente, sintió que le tocaban en la mano.

Volvió la cabeza. Los ojos de Orchid señalaron las cortinas que había tras ellos. Inmediatamente, la joven se puso en pie.

Banner entendió el significado del gesto. Aguardó unos momentos y luego, con naturalidad, se levantó también. Gustafson no hizo el menor ademán para detenerle.

El joven atravesó las cortinas y se halló en una espaciosa terraza que daba directamente a la selva, situada a cien metros escasos de distancia. El lugar se hallaba a oscuras, pero Banner pudo divisar la silueta de Orchid parada en un rincón de la terraza, junto a la balaustrada.

Se acercó a la mujer. Orchid sonrió.

—Te veo preocupado toda la noche —dijo.

—Imagínate —rezongó él—. No es agradable saber que uno ha sido contratado, a la fuerza, claro, como gladiador. ¿Qué demonios sé yo de manejar una espada?

—Gustafson te está entrenando —alegó ella.

—Pero no he tenido jamás una espada en la mano.

—Pronto te enseñarán a usarla.

—Sí, para que otro me ensarte como un pollito, ¿no? Orchid, dígame, ¿qué es lo que pretenden con todo esto?

Ella movió la cabeza hacia las cortinas.

—A él le gusta y como tiene dinero... —contestó.

—¿Quién es él? —preguntó Banner.

—Janus Stafford. Es inmensamente rico.

—Me lo figuro. Todo esto no se sufraga, precisamente, con cuatro dólares.

—Tienes razón, pero si a él le sobra el dinero y es su capricho...

Banner se horrorizó de aquella cínica respuesta.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó.

—También me gusta el dinero —contestó Orchid.

—Nerón necesita una Popea, ¿eh?

Orchid sonrió sin enojo.

—Un calificativo muy apropiado —dijo—. Pero no me enfado por ello.

—¿Quién es Stafford? ¿Qué hace?

—Ganó muchísimo dinero años atrás. Se cansó de los negocios,

compró esta isla y se retiró. Siempre le gustó la historia de la Roma Imperial. Ahora y aunque de una forma *sui generis*, repite para él algunos momentos de aquella época.

—Orgías y luchas en el circo entre gladiadores, ¿eh?

—Así es.

—Ayer hubo uno que renunció al papel de gladiador.

—Perdió el cincuenta por ciento de posibilidades de vivir.

—Y el que gane, ¿qué obtendrá?

—Además de la vida, la fama que le conferirá el haber salido triunfante de un combate. Y cien mil dólares, claro.

—Una bonita suma —calificó él—. ¿No hay posibilidad de salvación para el perdedor?

—No, no la hay.

—Pero son luchadores a la fuerza.

Orchid sonrió sibilinamente.

—Algún día sabrás que, en medio de todo, no es un crimen tan severo como parece —dijo sorprendentemente—. Pero ahora...

Los brazos de la mujer se elevaron de repente y enlazaron el cuello de Banner. Orchid oprimió su cuerpo contra el del joven.

—Quizá busque para ti un modo de que salgas triunfador cuando te corresponda luchar en la arena —susurró—. De momento, olvidemos todo. Ahora estamos solos, solos...

Ella buscó sus labios, y él, hombre al fin, se dejó llevar por el torbellino de la pasión.

La noche era perfumada. Banner pensó que le convenía tener a Orchid como aliada.

Bien mirado, ella podía salvarle la vida, porque de una cosa estaba seguro: si salía a la arena, moriría irremisiblemente.

CAPÍTULO X

Hacía calor, pero las gradas del pequeño circo, que Banner había tomado erróneamente por una plaza de toros, estaban cubiertas por unos toldos multicolores, que aliviaban a los espectadores de los ardores del sol.

Las gradas estaban repletas de hombres y mujeres que chillaban y gritaban entusiasmados. En total, calculó Banner, habría unas cien personas.

Stafford apareció en su palco a las cinco en punto, acompañado de Orchid y de Steass. Como de costumbre, saludó con gran afabilidad a los entusiastas gritos de la multitud.

Banner se dijo que todo aquello no podía sino haber surgido de la mente de algún megalómano, enfermo de la manía de creerse un emperador romano, dueño y señor de las vidas de todos sus súbditos. Una cosa le tenía sumido en una gran perplejidad.

¿Era que no había allí nadie con ánimo suficiente para rebelarse contra aquel absurdo estado de cosas?

Alguien tocó una estridente trompeta y los dos luchadores, apareciendo por puertas opuestas, situadas al nivel del suelo, saltaron a la arena.

Cada uno de ellos iba provisto de escudo y espada corta, así como de cascos de tipo antiguo. Pero no llevaban coraza ni otro medio de defensa que el escudo.

«Uno de los dos iba a morir», se dijo Banner, con los nervios en tensión. Para el otro serían la vida, la gloria... y cien mil dólares.

Una pregunta se le ocurrió de repente. ¿Dónde gastaría su premio el vencedor?

¿Acaso, una vez ganado el combate, se le permitía abandonar la isla?

La lucha empezó apenas Stafford hizo una señal con un pañuelo. Los dos gladiadores se enzarzaron en un mortífero combate, tirando

y parando feroces estocadas que rebotaban en los escudos en su mayor parte.

De pronto, uno de ellos, el rojo, alcanzó a su rival en un costado.

El azul vaciló. Palh, color rojo, atacó de nuevo y clavó la espada a Tate en un hombro.

Tate cayó de espaldas, con una expresión de insufrible dolor en su cara. La espada y el escudo se desprendieron de sus manos sin fuerza.

El griterío que había acompañado a la contienda hasta aquel momento se acalló de pronto. Un profundo silencio invadió súbitamente las gradas del pequeño circo.

Tate volvió la cara con expresión suplicante hacia el estrado presidencial. Doscientos ojos miraron también en la misma dirección.

Banner fijó la vista en Stafford, quien parecía muy complacido del espectáculo. Pero, de pronto, reparó en Steass.

El hombre estaba inclinado ávidamente sobre el antepecho de la tribuna, contemplando al gladiador caído.

Aquella visión hizo comprender a Banner muchas de las cosas que sucedían en Sybar.

Tate intentó levantar una mano con gesto de súplica. El vencedor, en pie, aguardaba a su lado, empuñando firmemente la espada.

De pronto, Stafford alargó su mano derecha. El pulgar señalaba hacia abajo.

El ademán era fácil de interpretar. Un agudo grito de terror se escapó de los labios del herido.

—¡No, no, quiero vivir! ¡Dejadme vivir! —chilló frenéticamente.

Palh se arrodilló a su lado.

Banner volvió la cabeza a un lado. Un grito unánime de aprobación se escapó de un centenar de gargantas.

Stafford y sus acompañantes se saludaron y correspondieron a las ovaciones que se le dirigían. A Banner le hubiese gustado tener en las manos una pistola ametralladora para barrer a tiros la tribuna.

Aquella noche fue Doreen la encargada de servirle la cena.

Doreen no le dijo nada. Simplemente se limitó a hacerle una seña con los ojos.

Banner aguardó a quedarse solo. Levantó la servilleta y buscó debajo de los platos, hasta encontrar un trocito de papel que decía, simplemente:

«Esta noche, después de las doce».

El tiempo se le hizo insoportablemente largo. ¿Iba Doreen a ayudarle en su escapatoria?

Llegó a creer que la muchacha no cumpliría su promesa. Al fin, después de una espera terriblemente larga, oyó la voz de la joven a través del ventanuco de la celda.

—Jim, Jim...

Banner se puso en pie de un salto y se acercó a la ventana.

—Doreen —exclamó.

—No grites, por el amor de Dios —recomendó ella, en voz baja—. Recuerda el centinela...

—Sí, tienes razón. Doreen, ¿cómo diablos has conseguido llegar hasta aquí?

—Es largo de explicar. Ya te lo contaré en otro momento. Jim, ¿sabes ya la suerte que te espera?

—Asistí ayer por la tarde a la lucha en el circo... —contestó él, amargamente.

—A ti te están entrenando para un combate análogo. Tu rival será un tal Ralph King, asesino convicto.

—Pero yo no tengo nada contra ese individuo.

—Eso ya lo sé —contestó Doreen—. No obstante, te obligarán a luchar.

—¿Y si me negase?

—Te matarían. Todos aceptan, porque saben que de este modo tienen la mitad de posibilidades de escapar con vida.

—Bien, pero ¿les dejan salir luego de la isla?

Doreen rió amargamente.

—¿Qué cosas dices! ¡Todos los guardias armados que ves por ahí, son gladiadores que vencieron en sus combates respectivos!

—¿Y ayudan a ese loco de Stafford?

—¡Jim, qué poco conoces el alma humana! A todos les gusta ver al prójimo en el mismo aprieto por el que ellos pasaron una vez.

—Pero sólo por eso no...

—Jim, ¿para qué crees que hay tantas comodidades en la isla? Stafford es inteligente y astuto y retiene a sus guardianes con una vida fácil, divertida... y con mujeres hermosas.

—Y tú has venido a...

—Yo he venido porque mi hermano llegó una vez a Sybar y perdió en su lucha en la arena —declaró Doreen.

—Lo siento —murmuró él—. ¿Te lo han dicho?

—He conseguido averiguarlo al cabo de los días. Hay un pequeño cementerio fuera del recinto y pude ver una lápida con su nombre.

—Te compadezco, Doreen. Imagino que tratarás de vengar su muerte.

—Para eso estoy aquí. Me ayudarás, ¿verdad?

—Cuenta conmigo, en lo poco que pueda hacer. ¿Crees que conseguiremos algo?

—Ten paciencia, Jim. Una cosa: si hablas conmigo en alguna ocasión, recuerda que mi nombre es Carla Carlton... Si pronunciases mi verdadero apellido, me descubrirías, ¿comprendes?

—No lo olvidaré —contestó Banner—. ¿Sabes? Ayer me di cuenta de una cosa, Doreen.

—Dime, Jim.

—Stafford está chiflado por la historia antigua.

—Sí, es verdad.

—Pero hay alguien que aviva esos sentimientos y le proporciona distracciones... de la clase que tú sabes. Me refiero a Steass. Tengo la impresión de que es el ángel malo de Stafford.

—No me sorprendería en absoluto. Es su secretario personal y hombre de absoluta confianza.

—Naturalmente, Steass se encarga de proporcionarle gladiadores para las luchas en el circo. ¿Son muy frecuentes, Doreen?

—Una vez al mes, dos, según las «existencias». He oído decir que a ti te tocará dentro de dos semanas.

—Espero que para entonces hayamos ideado algún medio de escapar de aquí. Oye, Doreen, ¿sabes si hay alguna emisora de radio en Sybar?

—Por supuesto. ¿Qué pretendes, Jim?

—Yo sé manejar la radio. Podríamos intentar dar aviso a...

—Sería inútil, Jim. Stafford es el dueño legal de la isla. Se la

compró al Gobierno británico hace varios años por una suma bastante elevada.

—Bien —alegó el joven—. Stafford será dueño de Sybar, pero hay cosas que la ley no permite, Doreen.

—¿Qué ley? —exclamó ella amargamente—. Él es la ley aquí y ninguna nación puede intervenir, ni siquiera alegando el límite de las aguas territoriales, porque Sybar está a más de doce millas de la tierra más próxima.

Banner se quedó anonadado al conocer la noticia.

—Entonces, ¿no pueden ser castigados sus crímenes?

—No, mientras no abandone Sybar, y jamás abandona la isla.

—Pero en Estados Unidos se cometieron secuestros y asesinatos.

—¿Y quién da cumplimiento a una orden de extradición? Nadie puede desembarcar en Sybar sin su permiso y, como puedes comprender, no iba a darlo para que le arrestaran acusado de diversos delitos.

—Entiendo... Doreen, a mí me parece que Stafford es una mente enfermiza.

—Manejado a su antojo por dos personas: Steass y Orchid Beames. Por cierto, ¿qué sucedió entre ella y tú la noche del banquete?

—Estuvimos hablando de cosas sin trascendencia.

—¡Mentiroso! La conozco bien en los pocos días que llevo aquí. Cuidado... Es una mujer sin escrúpulos que sólo busca la satisfacción de sus caprichos. ¿Crees que eres el único gladiador que la ha tenido en sus brazos?

A Banner aquellas palabras le hicieron pensar mucho, después de que Doreen se hubiese marchado, prometiendo idear un plan para escapar de la isla.

¿De veras era él un capricho para Orchid?

No le extrañaba en absoluto. Para aquella hermosa mujer debía de representar un morboso placer el conquistar a un hombre que podía morir acuchillado en el circo.

Pero ella le había prometido ayudarle. ¿O sólo se había tratado de un engaño para hacerle caer en sus redes amorosas?

Los entrenamientos proseguían. Ahora, Banner empleaba la espada de madera en sus fingidas luchas con Gustafson. El entrenador le infligía dolorosos golpes con otra espada de madera.

No le hería, pero le hacía daño deliberadamente, a fin de que aprendiese a defenderse de su rival el día que le correspondiese pelear por su vida.

Mientras, Doreen seguía desempeñando su papel y estudiando el terreno para realizar sin errores el plan de fuga. Lo difícil era, se dijo, atravesar sin permiso la alambrada electrificada.

En la costa había siempre una embarcación. Una vez que la alcanzasen...

Estaba arreglando unas flores en la gran sala de banquetes cuando de pronto oyó una voz femenina.

—Por favor...

Doreen se volvió.

—Señora —dijo inclinándose respetuosamente.

Una de las cosas que primero le habían enseñado era a obedecer las órdenes de Orchid. La mujer había aparecido súbitamente por una de las puertas laterales.

—Kally Gustafson está entrenando a un gladiador... —dijo Orchid—. Se llama Jim Banner. Dígale que venga a verme cuando termine su sesión. A Banner, naturalmente —puntualizó la mujer, con una risita.

—Sí, señora; iré ahora mismo.

Doreen se sintió repentinamente atacada por los celos. De buena gana habría saltado al cuello de Orchid, pero era preciso mantener la calma y la compostura.

Abandonó la sala y pasó a la estancia contigua. De pronto, se dio de manos a boca con un hombre.

—Dispense —murmuró él. Parecía muy preocupado y dio la sensación de seguir su camino, pero, de repente, se detuvo en seco y lanzó una exclamación de asombro—: ¡Usted!

Doreen no se quedó menos asombrada.

—¡Harvey!

El pistolero hizo crujir sus dientes.

—¿Qué diablos hace aquí? —preguntó.

—Es un lugar muy ameno —respondió Doreen, con desparpajo—. ¿No fue usted el que me informó del sitio donde podrían enviarme a Sybar?

—Pero yo avisé por radio para que la detuvieran.

Harvey se quedó parado de pronto.

—Dio otro nombre a la señora Stebbins —adivinó.

—Un descubrimiento sensacional —sonrió la muchacha—. ¿Qué dijo ella?

—No se lo pregunté siquiera —confesó el pistolero—. Yo creí que usted la habría obligado a hablar, lo mismo que a mí.

—Y pensó que yo había llegado en un submarino privado, ¿verdad?

—Lo mismo da —repuso Harvey—. No importa cómo haya llegado a Sybar, porque una cosa es segura, y es que no va a salir viva de la isla.

CAPÍTULO XI

Harvey retrocedió un paso, estiró el brazo derecho y sonó un leve chasquido. Casi en el acto, Doreen vio aparecer en su mano el brillante metal de un estilete de acero.

—¿Ha renunciado a la pistola? —preguntó ella.

—Aquí no las permiten a todos —explicó Harvey, a la vez que se encorvaba ligeramente, como para tirarse fondo.

—Se ve que no confían mucho en usted —dijo Doreen, sarcásticamente.

Los dos contendientes empezaron a dar vueltas en torno a ellos mismos, fijos los ojos del uno en los del otro. Doreen, sobre todo, no perdía de vista el menor gesto de Harvey.

Estaba encorvado, las piernas separadas y los brazos lejos del cuerpo. Por fortuna, lo escaso de su indumentaria le permitía una total libertad de movimientos.

Harvey saltó de pronto hacia adelante, proyectando el acero con todo el apoyo del peso de su cuerpo. Doreen hizo una finta lateral y acabó dando un paso hacia atrás, de modo que el estilete le pasó rozando el estómago desnudo.

Al mismo tiempo, sus manos agarraban con fuerza el antebrazo de Harvey. Aprovechó el brevísimo tiempo de inacción del pistolero y ejecutó un fulminante movimiento de torsión del miembro. De este modo, Harvey todavía impulsado hacia adelante, se clavó él mismo el puñal en el pecho, a pocos centímetros sobre el estómago.

Doreen soltó al individuo. Harvey, con una expresión de inenarrable sufrimiento en el rostro, se agarró al mango del puñal, intentando arrancárselo del cuerpo, pero las fuerzas le fallaron repentinamente y cayó al suelo.

La muchacha miró cautelosamente a su alrededor. Nadie parecía haber observado el suceso. Se atusó un poco el pelo, compuso el gesto y se dirigió hacia la salida.

Momentos más tarde estaba en la pista de entrenamiento.

—La señora Beames quiere hablar con ese hombre, cuando haya terminado su tarea —dijo.

Gustafson miró a Banner de reojo.

—Cuidado —advirtió con un gruñido—. Es bella, pero caprichosa. No te sentará bien ir a visitarla.

Banner se encogió de hombros.

—¿Puedo desobedecer esa orden? —contestó. Se dirigió a la joven—: Díglele que iré más tarde.

—Está bien.

Doreen dio media vuelta y se alejó. Gustafson soltó un gruñido, a la vez que se ponía otra vez en guardia:

—Sigamos —ordenó.

—Un momento —dijo Banner—. Este entrenamiento es para mi pelea con otro gladiador. ¿Quién lo entrena?

—Yo, naturalmente —respondió Gustafson—. Alterno mi tiempo con los dos y, créeme, soy imparcial.

—Me lo figuro... Gustafson, dígame, ¿cuánto cobra usted por desempeñar este papel?

—Mucho, pero la cifra no importa ahora... Es un empleo que me gusta.

—Equivocó el oficio —dijo Banner cáusticamente—. Yo creo que debió ser carnicero.

Gustafson lanzó un rugido de rabia y se lanzó hacia adelante, blandiendo la espada de madera. Pero Banner estaba ya más que harto, y olvidando las reglas, usó su espada como un garrote para golpear el cráneo del entrenador.

Gustafson se desplomó, lanzando un rugido. Trató de levantarse, pero había quedado muy aturdido y los músculos no le respondieron.

Banner arrojó a un lado el escudo y la espada de madera.

—La sesión de entrenamiento ha terminado por hoy —decretó.

Bañado y con ropa limpia, Banner se presentó en la residencia cuando ya anochecía. Anunció sus propósitos a uno de los centinelas y el hombre habló por medio de un interfono empotrado en el muro.

Momentos después, una hermosa muchacha le guiaba a través de un pasillo de suelo espejeante, hasta detenerse ante una puerta

de madera, con molduras de talla como adorno.

—Aquí es —indicó la joven.

Banner llamó. Alguien dio permiso desde el interior.

El joven abrió y cruzó el umbral, cerrando a sus espaldas. La habitación le pareció de un lujo asiático.

Era una decoración de estilo antiguo, pero solamente en apariencia. Muebles y objetos de adorno se veían contruidos para las exigencias de la vida actual.

Orchid estaba lánguidamente reclinada sobre un mullido diván. Miró al joven y sonrió.

—Pon vino de esa botella, ¿quieres? Dos copas, por favor.

—Con mucho gusto.

Banner llenó las copas. Miró de reojo a la hermosa mujer.

Con las copas en las manos, se acercó al diván y se sentó en el borde. Orchid tomó una copa y probó el vino, mientras él tomaba un largo trago.

—¿Cómo van los entrenamientos? —preguntó.

—Bien, no puedo quejarme.

—Saldrás a la arena la semana próxima. Tengo entendido que tu rival es muy hábil.

Banner se encogió de hombros.

—Espada contra espada —dijo.

—Ahora será distinto —declaró Orchid, sorprendentemente—. Tu adversario usará equipo de retiario.

Banner pegó un respingo.

—¡Demonios! Eso no lo sabía yo —exclamó.

—¿Qué te creías? Los combates tienen que variar; de lo contrario, resultarían muy aburridos.

—Dijiste que me ayudarías...

—¿No lo estoy haciendo? ¿Te ha dicho alguien la forma de pelear de tu contrario? Yo te prevengo, es todo lo que puedo hacer, Jim.

Banner se sintió muy preocupado al oír aquellas palabras. Él iría fuertemente acorazado, con casco y armadura, pero su contrario llevaría el indumento y armas propias de los retiarios que peleaban en el circo romano: red, tridente y puñal a la cintura.

El retiario usaba la red para arrojarla sobre su enemigo, y si éste no era lo suficientemente hábil para eludir el ataque, la red le

embarazaba sus movimientos, poniéndole en desventaja.

O también podían arrojársela a las piernas, para hacerle perder el equilibrio. Entonces, el retiario usaría su tridente para inmovilizarle por el cuello en la arena. A continuación se arrodillaría a su lado y usaría el puñal.

Tal era el panorama que le aguardaba, para diversión de aquel Nerón en pequeño y de su diminuta corte.

—El retiario siempre gana —dijo él, hoscamente.

—No siempre —contestó Orchid, dejando la copa sobre la mesa —. A veces, el otro le derrota si sabe cómo defenderse.

—Tú lo sabes, dímelo —pidió él.

Orchid enlazó su cuello con los brazos, de mórbidos contornos, y buscó sus labios.

—Luego —susurró ardorosamente—. Luego. Ahora...

¿Era cierto que Orchid tenía caprichos? Pero si ello servía para ganar el combate, merecía la pena ceder, se dijo Banner, mientras correspondía al volcánico abrazo de la mujer.

Doreen buscó con la vista a un hombre y lo encontró sentado a una mesa, en compañía de una botella de vino.

Al alcohol corría abundantemente en el local destinado al esparcimiento y diversión de los habitantes de la isla. Se oían voces alegres y las risas sonaban por todas partes.

Doreen se acercó al individuo y se sentó en un ángulo de la mesa.

—Estás solo —dijo.

—No quiero compañía —gruñó Slim Palh, hoscamente.

—¿Por qué? ¿No te sientes alegre de haber ganado?

—No es eso —contestó Palh—. Se trata de... Bueno, ¿y a ti qué diablos te importa? ¿Crees que no sé que eres una espía?

Doreen soltó una risita.

—¿Espía? ¿De quién, Slim?

—Todas las mujeres os acercáis a nosotros para sonsacarnos y luego os vais con el cuento a Steass. Anda, lárgate y déjame a solas.

—Eres el triunfador... Tienes derecho a divertirte. ¿No has ganado cien mil dólares?

—Sí, pero todavía no he visto un centavo.

—Bueno, ya te los darán. Stafford cumple siempre su palabra.

—Sí, en eso confío. Pero no será hoy ni mañana.

—Entonces, ¿con qué pagas tu consumición?

—Tengo una cuenta abierta en la cantina. Puedo gastar todo lo que se me antoje.

—Ah, comprendo. Pero no puedes abandonar la isla.

—Claro. Ninguno de los que ganaron se fue. Todos estamos aquí.

—Y, naturalmente, a medida que gastas dinero en el mostrador, tu cuenta corriente va decreciendo. En resumen, beneficio para Stafford.

Palh se quedó parado.

—No me había dado cuenta de ello —dijo.

—Pues ya es hora que empieces a pensar en ello, Slim —sonrió Doreen—. Si no puedes salir de la isla y el premio que ganaste se te va a ir en el mostrador, ¿de qué diablos te ha servido vencer en el combate? Asesinaste a un hombre para nada.

Palh frunció el ceño.

—Y además —siguió la joven, insidiosamente—, tienes que hacer servicios de guardia y de vigilancia y perder el sueño muchas horas. ¿De veras es una recompensa adecuada la que te han dado por matar a Tate?

—No había pensado bien en todo eso que me has dicho, pero ¿qué podría hacer yo, aunque quisiera? La evasión es imposible y tú lo sabes tan bien como yo, chica.

—Todo depende de las ganas que uno tenga de largarse de aquí —respondió Doreen, con desparpajo—. ¿Crees que eres el único a quién no le gustaría irse de la isla?

Palh se frotó la mandíbula con aire de gran preocupación.

—Sí, pero ¿dónde diablos iríamos? Y, además, sin dinero...

—Stafford lo tiene. Se le obliga a pagar, se capturan sus lanchas...

—¿Yo solo?

Doreen se apeó de la mesa.

—¿Y quién ha dicho que seas el único en tus condiciones? —exclamó sibilantemente.

Giró sobre sus talones y se alejó con provocativo contoneo de caderas. Era preciso desempeñar bien el papel de azafata.

Banner saltó de la cama apenas oyó la voz de Doreen en el ventanuco.

—¿Cómo te encuentras, Jim? —preguntó ella, con un susurro.

—Bien, pero preocupado —contestó el joven—. Tendré que enfrentarme con un retiario cuando llegue el momento del combate.

—Eso es nuevo para mí, Jim.

—También lo era para mí, hasta que me lo dijeron ayer.

—¿Orchid?

—Sí.

—¿Has averiguado algo?

—Nada. Ella me dio unos vagos consejos acerca de cómo defenderme del retiario, pero no saqué nada en limpio. ¿Qué has conseguido tú?

—He tramado un plan para sublevar a la gente. Hoy he sembrado la primera semilla.

—¿Cómo lo has hecho?

Doreen le contó la conversación sostenida con el triunfador en el último combate. Banner aprobó la acción de la muchacha.

—Eso está bien, pero tienes que insistir —dijo cuando ella hubo terminado de hablar—. No basta con un solo día, Doreen.

—Lo sé, Jim. Mañana le volveré a ver. Creo que es nuestra única salida.

—A mí me retienen aquí hasta el día del combate —declaró él, amargamente—. Entonces me soltarán... o me enterrarán.

—Ayer debieron de enterrar a un hombre. Lo que sucede es que no lo han hecho público.

—¿Quién ha sido? —preguntó Banner, sorprendido.

—Harvey, uno de los dos tipos a quienes encontramos con el cadáver de Bessie Donovan. Me tropecé con él y nos reconocimos mutuamente. Harvey quiso matarme.

—Y te defendiste.

—Sí, Jim. No me quedaba otra alternativa.

—Lo siento, Doreen.

—Tengo que irme ya. Vendré mañana, Jim.

—Trae mejores noticias —pidió Banner, ansiosamente.

—Lo procuraré —contestó Doreen.

CAPÍTULO XII

Kally Gustafson miró rencorosamente a su discípulo y dijo:

—Procura no golpearme otra vez o te daré motivos para lamentarlo, Banner.

—Si ayer hubiera sabido la noticia que me dieron por la noche, le hubiese roto la cabeza —contestó Banner, abruptamente—. Usted no me dijo que mi adversario usaría equipo de retiaro.

Gustafson sonrió perversamente.

—¿Tenía obligación de decírtelo? ¡Vamos, en guardia!

El día se le hizo a Banner intolerablemente largo, pero más la noche porque Doreen, pese a su promesa, no compareció.

Al día siguiente, enervado por la noche pasada casi en blanco, se dispuso a prepararse para salir al entrenamiento, pero cuando ya estaba listo, vino un hombre con una orden distinta.

—El señor Steass le aguarda —dijo—. Quiere hablar con usted.

—Muy bien —aceptó Banner.

El individuo, armado como todos, le guió a través de la gran plaza central. De pronto, cuando habían recorrido apenas diez pasos, Banner le hizo una pregunta:

—¿Cómo te llamas?

—Wick, Rold Wick —contestó el individuo—. ¿Te interesa mi nombre?

—No. Me interesa saber en qué gastas el dinero del premio. Porque tú estás libre, ya que ganaste a otro en el circo, ¿verdad?

—Sí —declaró Wick, orgullosamente—. Y fue una buena pelea, según he oído decir por ahí.

—Bien, ganaste la vida, fama... ¿y dinero?

Wick le miró de reojo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—¿Cuánto tiempo llevas en Sybar?

—Pues... casi un año.

—¿Cuánto te cuesta cada copa que te tomas en la cantina?

—Dos dólares. Es caro, pero merece la pena. Además, el transporte eleva el precio de la mercancía.

—¿Usas moneda?

—Por supuesto que no. Todos tenemos allí una cuenta corriente y nos descuentan el gasto que hacemos.

—Al menos, te tomarás tres o cuatro copas al día, aparte de lo que puedas convidar, ¿no? Eso significa un gasto de veinte dólares diarios, seiscientos al mes, más de siete mil al año. No es mucho comparado con los cien mil que ganaste, pero... si no vas a salir jamás de aquí, ¿de qué te sirve el dinero que Stafford continúa embolsándose? ¿No te das cuenta de que todo lo hace para su diversión y para estar seguro?

Wick se quedó sumamente pensativo.

—Sí, pero ¿qué hacer? Ninguno de los que estamos aquí podemos ir a ninguna parte. Al menos, vivimos bien, tenemos diversiones, hay chicas guapas...

—Sois presos distinguidos, simplemente. ¿Te imaginas lo que podías hacer con tus cien mil dólares en el Brasil, por ejemplo? Y Stafford tiene dinero. Hay también lanchas rápidas, combustible en abundancia en fin, yo no voy a estar diciéndote todo. Me parece que sabes pensar, ¿no?

Wick no contestó, pero Banner, que espiaba cuidadosamente sus reacciones, se dio cuenta de que el hombre se concentraba en lo que acababa de escuchar.

Sería interesante, se dijo. Stafford y Steass tenían sometidos a aquellos hombres por el miedo y la vida placentera, pero siempre habría algunos que se sintieran cansados de una existencia continuamente encerrada en unos angostos límites.

Ya no despegó los labios hasta hallarse en presencia de Steass. En su interior, sin embargo, seguía subsistiendo un sentimiento de aprensión por la suerte de Doreen Colphax.

—Le extrañará mi llamada —dijo Steass, desde el otro lado de una lujosa mesa de despacho.

—Nada de usted puede extrañarme ya —contestó Banner, envaradamente—. ¿De qué se trata?

Steass le indicó una silla.

—Tengo ganas de conversar con usted —dijo—. Por ejemplo, me

interesa saber cuál es su opinión de Sybar.

—Un lugar donde los hombres pueden gozar de todas las dulzuras de la vida... y también donde se siente la continua presencia de la muerte.

—Es una definición acertadísima —aprobó Steass—. Algunos mueren, en efecto; pero el que se salva, vive una especie de paraíso.

—Con diablos armados para que nadie pueda salir contar lo que pasa aquí.

—¿Qué ganaría con ello? Todos los que están en Sybar cometieron un crimen u otro. Usted mismo, por ejemplo, asesinó a Huntington.

—Sabe bien que soy inocente, pero vamos a dejar ese asunto a un lado. ¿Por qué sólo asesinos en Sybar?

—Asesinos y criminales de nota —puntualizó Steass—. Hombres que, en el mejor de los casos, se pasarían en la cárcel el resto de sus días. Aquí se hace justicia, Banner.

—Aquí se asesina, que no es lo mismo. Empiezo a comprender que recluta a toda esa gente para la única y exclusiva diversión de Stafford.

Steass sonrió, a la vez que juntaba sus dedos por las yemas, apoyados los codos en los brazos del sillón.

—En medio de todo, no me dirá que no traemos aquí gente decente —contestó.

—¿Y yo? —protestó él, apasionadamente—. ¿Era yo un criminal?

—No, ciertamente, pero sí un vago, un desecho de la sociedad, un tipo inútil que no servía para nada ni daba producto alguno de su trabajo. Para el caso, lo mismo da, Banner.

—Entiendo. Y por eso me obligaron a fingir la comedia del asesinato de Huntington.

—Lo asesinó usted —dijo Steass, suavemente.

—Como quiera —respondió el joven, hastiado—. ¿Qué tenía contra Huntington? —preguntó.

—Era un asunto privado entre Orchid y él. Huntington estaba loco por Orchid y se hallaba dispuesto a revolver medio mundo para encontrarla. Lo hubiese conseguido al fin, porque tenía dinero, pero Orchid no quería volver a su lado.

—Ella le pidió que lo suprimiese.

—Cosa que hice con mucho gusto, porque, además, me sirvió para reclutar a un valioso individuo. Pero me dio usted muchos disgustos, debo confesarlo.

—Y los que le daré todavía, Steass.

—Lo dudo mucho, Jim. Ya sólo le quedan pocos días para su combate en el circo.

—Ustedes lo han tramado todo para que mi adversario me mate —dijo Banner.

—Sí —admitió Steass, sin pestañear—. Se ha convertido en una molestia para mí.

—Y quiere disfrutar viendo a su Nerón de pacotilla bajar el pulgar.

—Exactamente.

—Steass, voy a decirle una cosa. Todo esto cuesta una barbaridad de dinero, ¿no es cierto?

—En efecto.

—Stafford le da carta blanca para que haga y deshaga. ¿No se aprovecha usted de esas facilidades para su lucro personal? ¿No se aprovecha usted de la enfermiza mente de Stafford, que le hace querer vivir en una época pretérita, para conseguir todo lo que desea?

—¿Qué es lo que yo deseo? —preguntó Steass, rígido súbitamente en su asiento.

—La fortuna de Stafford.

Hubo una pausa de silencio. Banner se dio cuenta de que las mejillas de Steass, ordinariamente pálidas, se habían coloreado de una forma anormal.

Al mismo tiempo, sus labios se habían convertido en una delgada línea y su respiración era sibilante, entrecortada.

El joven supo así que sus palabras eran un acierto completo. De pronto, Steass exclamó:

—Dejemos esto. Hablemos de otra cosa mucho más interesante para nosotros dos.

—Usted dirá —contestó Banner, fríamente.

—Anteayer se cometió un asesinato en este mismo edificio. Murió uno de mis mejores hombres.

Banner se encogió de hombros.

—Eso no me importa en absoluto —manifestó.

—Se equivoca, pero mucho, Jim —aseguró Steass—. No soy tonto y he hecho averiguaciones, hasta conseguir el nombre de la persona que dio muerte a Harvey.

Banner retuvo el aliento. Sabía lo que iba a escuchar a continuación.

—Harvey murió a manos de una chica que se hace llamar Carla Carlton, reclutada en Nueva York por la señora Stebbins —continuó el individuo—. Ahora bien, la señora Stebbins tiene la buena costumbre de enviarnos fotografías de todas las muchachas que vienen a Sybar, fotografías, tomadas, naturalmente, sin su conocimiento.

Steass tomó una cartulina de encima de la mesa y se la arrojó a su huésped. Banner la atrapó al vuelo y vio a Doreen en un despacho.

—Fotografía infrarroja, lo mismo que la de la muerte fingida de Huntington —dijo Steass, sonriendo—. Además, hemos averiguado el verdadero nombre de la chica. Se llama Doreen Colphax y está aquí para conocer el paradero de su hermano Elliot, el cual, desgraciadamente, murió en el circo.

Banner apretó los labios.

—¿Qué van a hacer con Doreen? —preguntó.

—Esa chica sabe muchas cosas. Por ahora, se muestra muy reticente, pero acabaremos por hacerla hablar. Nos interesa especialmente conocer las posibles pistas que haya podido dejar tras sí.

—¿Y después de que haya hablado?

Steass chasqueó los dedos.

—Sobra —contestó lacónicamente—. Lo mismo que usted, pero antes nos ofrecerá un poco de diversión en el circo.

Banner se sintió invadido por una oleada de ciega cólera y se puso en pie de un salto, pero fue todo lo que hizo, porque Steass sacó a relucir un imponente revólver y le apuntó con él al pecho.

—Esta vez no vacilaré —dijo, fríamente—. Perdería mi diversión, pero no consentiré que me toque, ¿estamos?

Banner inspiró profundamente.

—Steass, ojalá acierte usted al predecir mi derrota, porque si no es así y salgo vencedor, pase lo que pase, iré luego a buscarle y le retorceré el cuello como a un pollito.

Cuando regresaba a su alojamiento, Banner hizo una pregunta a su custodio:

—Rold, ¿tú podrías hacerme un favor?

—Depende —contestó el individuo pensativamente.

—Se trata de una chica que Steass ha hecho prisionera. Trata de averiguar dónde está encerrada. Si lo consigues, te prometo ayudarte a escapar al Brasil... después de que hayamos sacado a Stafford todo su dinero.

Wick empezó a rumiar aquellas palabras. Al cabo de unos momentos, contestó:

—No puedo prometerte nada, pero lo intentaré... Dime, Jim, ¿crees que tendría éxito una tentativa de evasión?

—¿A cuántos tendrías en tu contra? Tres solamente —rió Banner—. Stafford, su secretario... y la mujer... ¿Cuántos, en cambio, sois vosotros?

Wick guardó silencio. Banner se dio cuenta, con gran alegría, que el guardia parecía cada vez más sumido en sus reflexiones.

—Voy a darte un consejo, Rold —remachó el clavo—. Habla con Slim Palh. Estoy seguro de que, por lo menos, ya tienes el primer compañero, ¿cómprenles?

CAPÍTULO XIII

Para Banner, la espera le pareció infinita hasta que, a la medianoche siguiente, oyó la voz de Wick al otro lado del ventanuco.

—Jim.

Banner se levantó de un salto.

—¿Rold?

—Sí, el mismo. Escucha, esa mujer está en la residencia de Stafford en un calabozo de los sótanos. Hay un hombre armado de guardia constantemente ante la puerta.

—¿Sabes si la han torturado?

—Creo que sí.

Banner apretó los labios.

—Está bien, Rold, gracias —contestó.

—Oye, Jim, Palh y yo hemos estado hablando largo y tendido sobre el asunto de largarnos de aquí. Los dos coincidimos en que vivir en la isla, a la larga, resulta aburrido.

—Ya era hora de que os dierais cuenta de ello... —dijo Banner, con sorna.

—Y Palh no es el único. Sé de otros que también quieren el dinero de sus premios para escaparse.

—Stafford lo tiene. Debéis pedírselo... pero espere el momento oportuno. Yo te diré lo que se debe hacer. Escucha, Rold.

Banner habló durante unos minutos.

Al terminar, Wick dijo:

—Es una buena idea, Jim. ¿Cuándo?

—Mañana al atardecer, Rold.

—De acuerdo. Adiós.

Banner se quedó mucho más confortado, aunque sentía una gran preocupación por los momentos de angustia que debía de haber pasado Doreen. ¿Qué clase de torturas le habrían infligido?

Al día siguiente, cuando le trajeron el desayuno, dio un mensaje a la «azafata».

—Dile a la señora Beames que quiero verla.

—De acuerdo —contestó la joven.

Poco después, Banner salió a su cotidiano entrenamiento. Procuró ser paciente y soportó en silencio las pullas que le dirigía Gustafson, dominando los deseos que sentía de romperle la espada de madera en las costillas.

Orchid no dio señales de vida hasta bien mediada la tarde, cuando el entrenamiento estaba a punto de concluir. Entonces llegó una chica con un recado:

—La señora Beames le espera cuando haya terminado de entrenarse.

—Sigue así y no valdrás un pimiento el día que te toque pelear en el circo —dijo Gustafson, cáusticamente.

—¿Le da envidia que ella me llame? —preguntó el joven, con acento orgulloso.

Los ojos de Gustafson, chispearon de cólera.

—Esa mujer no me importa en absoluto —contestó.

—Claro, como que a ella le gustan los tipos apuestos, como yo. No iba a divertirse con un simio. ¡Sería de un gusto horrible!

—No me insultes, Banner, o te lo haré pagar muy caro —gruñó el entrenador.

—¿Por qué considera la verdad como un insulto? ¿Es que no se mira por las mañanas al espejo? ¿Y dónde duerme, en una rama de árbol?

Gustafson lo vio todo rojo y cargó contra el joven, blandiendo coléricamente su espada de madera. Era lo que Banner esperaba.

En lugar de defenderse de una manera ortodoxa, lanzó el escudo a la cara de Gustafson, haciéndolo vacilar. Luego se arrojó sobre él y empezó a apalearle con todas sus fuerzas.

Gustafson chilló y trató de defenderse, pero Banner le rodeó por detrás y le midió las costillas a gusto. Cuando su espada se rompió, después de un golpe particularmente violento, asestó a Gustafson un tremendo patadón y lo tiró al suelo de bruces.

El entrenador perdió su espada. Banner se apoderó de ella y la rompió también. Gustafson chillaba frenéticamente, revolcándose por el suelo, en unos fútiles intentos de esquivar aquellos golpes.

Banner finalizó su paliza agarrando uno de los escudos.

Gustafson se sentó en el suelo. El escudo cayó sobre su cabeza y llegó hasta el cuello.

Era más de lo que Gustafson podía resistir, pese a su fortaleza. Puso los ojos en blanco y cayó de espaldas, perdido el conocimiento.

Banner se echó a reír. Sin preocuparse más del desmayado entrenador, giró sobre sus talones y se encaminó hacia la residencia de Stafford.

Cuando llegaba a las inmediaciones del edificio, oyó el sonido de un instrumento de cuerda que alguien rasgueaba con no demasiada gracia.

Las notas musicales llegaban desde la terraza, y, desde luego, no eran de violín.

«No será una lira. Resultaría horrible», pensó Banner, estremeciéndose.

Orchid le recibió en su tocador, envuelta en velos, sentada en un taburete y contemplándose al espejo, con la ayuda de otro manual, que movía de diversas formas, a fin de lograr el deseado ángulo de reflexión.

Banner la contempló unos instantes. Sí, era una mujer de soberana hermosura, pero absolutamente despiadada y carente de escrúpulos.

El devaneo que había sostenido con él no había sido fruto de una repentina afición, sino el producto de una morbosa curiosidad: la de tener en sus brazos a un hombre prácticamente condenado a muerte. No era otra la explicación del afecto que ella le había demostrado días atrás.

—Me dijeron que querías verme —habló Orchid por fin, rompiendo el silencio—. Habla, te escucho —añadió, sin dejar de retocarse el peinado con la ayuda de los dos espejos.

—Se trata de algunas cosas que deseo me aclares —manifestó él—. Total, si he de morir en la arena, poco te importará ya decírmelas, ¿verdad?

Orchid volvió la cabeza y le dirigió una larga mirada.

—¿Por qué habías de morir? Sabes que tienes tantas posibilidades como tu adversario —dijo, blandamente.

—No me hagas reír. Conozco un poco las luchas de gladiadores

en el circo y sé que de diez combates, los retiarios ganaban nueve. Pero esto es lo de menos ahora. ¿Sabías que soy yo el acusado de la muerte de Huntington?

—Interesante —murmuró Orchid—. ¿Es que vas a decirme que no lo mataste?

—No, aunque me quieran echar las culpas. ¿Qué representaba Huntington para ti?

—Un hombre demasiado absorbente. Tenía dinero. Hubiera acabado por encontrarme.

—Y eso no te convenía.

—¿Tú qué crees, Jim?

Banner se acercó al tocador, se apoyó en la pared y cruzó los brazos.

—Eres hermosa, cruel y despiadada —calificó—. ¿Dónde guardas el dinero que le sacas a ese pobre imbécil que se ha creído un Nerón de segunda clase?

Orchid le lanzó una mirada colérica.

—Eso no es cosa que te interese a ti —respondió agriamente.

—Pero es cierto.

Ella se encogió de hombros.

—Él ya tiene bastante con su pequeña corte imperial —respondió.

—De la cual eres tú la Popea, aunque no se bañe en leche de burra.

—Puede que desempeñe ese papel, pero sólo externamente. Hay chicas hermosas en la isla.

—Con las cuales tú tienes atado y sujeto a ese pobre tonto, ¿verdad? Oye, ¿qué instrumento toca? ¿La lira, como Nerón?

—No me hagas reír, Jim. La mandolina.

Banner no pudo contener una carcajada.

—¡Nerón con mandolina! ¡Es divertidísimo! Cuando lo cuente en Nueva York no lo va a creer nadie.

—¡Tonto! ¿Acaso piensas que vas a volver a Nueva York? En el mejor de los casos, te quedarás aquí para siempre. Y no vivirás mal, créeme —se volvió para mirarle, tras haber dejado el espejo de mano sobre el tocador—. Hasta puede que, en tal caso, vuelva a llamarte, para conversar los dos a solas.

—Dudo mucho de que suceda tal cosa —contestó él.

—¿Tan pronto te has hartado de mí? —preguntó Orchid, en son de burla.

—No es eso. Se trata de... Bueno, ¿es que no has oído cómo se produjo el fin de Roma? Vinieron los bárbaros del norte y...

—Vamos, Jim, esto no es la antigua Roma —sonrió la mujer—. ¿Acaso estás profetizando la destrucción de Sybar?

—Exactamente —confirmó Banner, con una expresión de absoluta seriedad en la cara.

Orchid se puso en pie, con el pecho agitado por una violenta respiración.

—¿Qué es lo que sabes? —preguntó—. Si se trata de una conspiración, habla o haré que te azoten hasta dejarte los huesos al aire.

Banner se echó a reír.

—Eso decía Popea, ¿verdad? —Separó la espalda de la pared y descruzó los brazos—. Escucha, Orchid, hay prisionera en el edificio una joven por la que siento cierto interés. Por tu bien, te pido que me guíes hasta dónde está y la dejes ir libre.

Hubo una pausa de silencio. Los ojos de Orchid despedían chispas de ira.

De súbito, sin previo aviso, se inclinó sobre el tocador y agarró un pequeño puñal con mango de oro, situado en uno de los lados de la mesa. Luego se volvió hacia Banner y alzó el brazo, poseída por una ciega cólera que descomponía horriblemente su bello rostro.

Rold Wick se acercó al mostrador de la cantina y pidió una copa.

—Y otra para todo el que quiera beber —invitó a voz en cuello—. Con cargo a mi cuenta, naturalmente.

Algunos se levantaron de las mesas y también se acercaron varias de las chicas.

—Generoso estás —comentó uno de los individuos.

Wick se encogió de hombros.

—Para lo que sirve el dinero aquí... Hace casi un año gané cien mil dólares y todavía no he visto un centavo.

—Aquí tienes todo lo que puedas necesitar —manifestó otro.

Wick levantó su copa.

—Dos dólares —dijo—. Dos dólares por lo que no vale más de veinticinco centavos. ¿Quién está haciendo un fabuloso negocio a cuenta nuestra?

—Eso es cierto —intervino Palh desde el otro extremo del mostrador—. Esto es un negocio fabuloso para alguien.

—Steass, seguro —opinó alguien pensativamente.

—Pero tenemos derecho al premio ganado —insistió Wick—. ¡Qué diablos! Un pacto es un pacto y yo quiero tener en el bolsillo mis cien mil dólares. Si luego tengo ganas de gastármelos en bebida o en el juego, eso ya es cuenta mía.

—No podemos pasar eternamente gastando de una cuenta corriente que nadie ve —dijo Palh—. Lo que interesa es tener los billetes en la mano.

—Si al menos nos los dieran...

Palh miró al que había hablado.

—Sería cosa de pedirlo —dijo.

Algunos empezaron a mirarse con cierto nerviosismo.

—Brasil está lejos, pero menos de lo que parece —declaró Wick—. Hay lanchas rápidas y combustible en abundancia. Con cien mil dólares cada uno, podríamos perdernos en ese inmenso país sin que nos encontrasen jamás.

—Demonios, yo estoy harto de ver siempre las mismas caras —exclamó uno, de pronto.

—Y esta taberna me la sé de memoria —dijo otro.

—¿Por qué no vamos a pedirle el dinero a Stafford?

—El secretario le aconsejará que no nos lo entregue.

Palh soltó una estruendosa risotada.

—Steass es un hombre solo —dijo—. Claro, como posee la fuerza de cien, puede vencernos fácilmente.

—Con el dedo meñique —añadió Wick, con acento insidioso.

Los hombres empezaron a cruzarse miradas de inteligencia.

—Podemos intentarlo —dijo uno.

—¿Y por qué no? —exclamó Wick—. Cuanto antes, mejor.

—¡Espera! —gritó Palh—. Hay hombres con armas, como las tenemos nosotros cuando nos toca turno de vigilancia. ¿Qué dirán ellos?

Wick, previamente de acuerdo con Palh, pero en secreto, se echó a reír.

—Háblales de los cien mil dólares que ganaron y de los que no han visto más que unas cuantas copas, y verás qué dicen —respondió.

CAPÍTULO XIV

El puñal bajó furiosamente en busca del pecho de Banner, pero una mano se apoderó de la muñeca de Orchid y la retorció sin piedad, haciendo que el brazo quedase a su espalda. Ella chilló y se agitó con movimientos casi epilépticos, pero Banner, inflexible, la sacudió con todas sus fuerzas, hasta conseguir que el arma cayera al suelo.

Acto seguido propinó un terrible empujón a la mujer y la lanzó contra un diván. Orchid, con más agilidad de lo que se hubiera supuesto, se levantó de un salto y se abalanzó de nuevo sobre el joven, hecha una furia, a la vez que salían de su boca horribles invectivas.

Pero Banner tenía ya en la mano el puñal y lo puso con la punta dirigida al pecho de la mujer. Orchid se detuvo en seco.

—No... No me hagas nada —rogó, trocando su anterior expresión de ira por otra de súplica—. Yo... te he amado sinceramente.

—Al menos ten la dignidad de ser honesta contigo misma —cortó Banner, con acento desdeñoso—. Ven, acércate.

Orchid obedeció. Banner se situó a su lado, sujetándola por el brazo izquierdo con la mano del mismo lado, a la vez que pasaba su brazo derecho en torno a la cintura de la mujer y apoyaba en su costado la punta del puñal.

—Escucha bien lo que te voy a decir —habló, tras realizar la anterior operación—. Ahora mismo vamos a ir tú y yo al calabozo dónde está esa chica. Darás la orden de que sea puesta en libertad. Y no trates de engañarme, porque en el momento en que lo intentes, te clavaré el puñal. ¿Entendido?

Orchid, terriblemente pálida, asintió en silencio. Banner la empujó hacia la salida, aunque antes de cruzar la puerta, examinó el gran vestíbulo para evitar tropiezos perjudiciales.

—Vamos, camina —ordenó cuando estuvo seguro de que no se encontrarían con nadie.

Ella se dirigió hacia las escaleras. Al llegar a la planta, torció a su izquierda y se dirigió a un arco sin puerta, del que arrancaba una escalera descendente.

Al final, después de un giro de noventa grados, se encontraron en un rellano, en el cual había un centinela armado.

El hombre terció su metralleta sobre el cuerpo con ademán prohibitivo.

—No se puede pasar —dijo.

—La señora tiene una orden que darté —manifestó Banner.

El puñal quedaba oculto a la vista del guardia, a quién le parecía que Orchid se dejaba abrazar por su acompañante, con demasiada efusividad.

—Abre la puerta —dijo Orchid.

El guardia parpadeó asombrado, pero, tras unos segundos de indecisión, se volvió para descorrer el cerrojo que aseguraba la puerta. Entonces fue cuando Banner saltó sobre él y le apoyó la punta del puñal en la garganta.

—Dame el arma o te degüello —le intimó.

El hombre obedeció sin replicar. En el mismo instante, Banner oyó el rápido repiqueteo de los zapatos de Orchid sobre los peldaños.

Se volvió. Orchid corría velozmente escaleras arriba. Antes de que pudiera apuntarle con el arma, la mujer desapareció en el próximo recodo de la escalera.

—Está bien —gruñó, encarando la metralleta al guardia—. Abre de una maldita vez.

El hombre descorrió el cerrojo y tiró de la puerta. Banner dio un paso y se quedó inmóvil.

En aquel instante comprendió la expresión de asombro que había aparecido en la cara del guardia al recibir la orden de abrir la puerta. Era lógico que el hombre se asombrase, puesto que el calabozo estaba vacío.

Banner no estuvo allí más de diez segundos. Giró sobre sus talones y se lanzó escaleras arriba, siguiendo los pasos de Orchid.

Ahora ya sabía lo sucedido con Doreen. El pecho le hirvió de cólera al pensar en la suerte que había podido correr la joven.

Llegó al vestíbulo y siguió su carrera hacia el piso superior. Nadie cortó su veloz carrera.

Las habitaciones de Orchid estaban desiertas. Banner se detuvo unos instantes, lleno de perplejidad.

Buscó la gran sala de fiestas. Estaba igualmente desierta.

De pronto, captó el sonido de las cuerdas de la mandolina. Paso a paso, oprimiendo con manos nerviosas la pistola ametralladora, cruzó el salón y se asomó a la terraza.

Sentado en un cómodo sillón, vestido con holgados ropajes, que no tenían, sin embargo, nada de antiguos, Stafford rasgueaba lánguidamente las cuerdas del instrumento musical. Vio al joven y dejó de tocar, poniendo al mismo tiempo cara de enojo.

—¿Es que no voy a poder ensayar sin que me interrumpen a cada instante? —exclamó en tono quejumbroso.

Banner vaciló un instante. De pronto, oyó a su izquierda una voz de acento sibilino:

—Será mejor que deje caer el arma —dijo Steass—. Supongo que querrá evitar un daño irreparable a esta preciosa muchacha que tengo a mi lado, ¿verdad?

Banner volvió la cabeza. Un rugido de ira se escapó de sus labios.

Steass se hallaba a cuatro pasos de distancia, sujetando a Doreen por un brazo. Con la mano libre, empuñaba una pistola, cuyo cañón se dirigía al costado de la muchacha.

—Imaginé que haría algo por el estilo y me anticipé a usted —explicó Steass, con la sonrisa en los labios—. ¿Pensó que me iba a privar del placer de verte en el circo?

Detrás de Banner sonó otra voz.

—Te han dado una orden —dijo Orchid—. Cúmplela o te salto la tapa de los sesos.

La metralleta cayó al suelo. Steass rió satisfecho.

—Así está mejor —exclamó aprobatoriamente—. Ahora vendrán un par de guardias y le devolverán a su encierro.

—Del que no saldrás ya sino hasta el momento de luchar en la arena —añadió Orchid.

Banner no contestó a aquellas frases. En su lugar dirigió la vista hacia Doreen.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Ella hizo un signo de asentimiento.

—No puedo quejarme —contestó.

—Las torturas fueron más bien de tipo psíquico —explicó Steass—. Relatos de horribles tormentos... y falta de sueño. Pero hasta ahora había aguantado bien, es preciso reconocerlo.

—¿De qué están hablando? —preguntó Stafford, súbitamente—. ¿Por qué no se van a otra parte y me dejan continuar con mi música?

Banner oyó aquellas palabras y se convenció de la irremediable demencia del millonario, fomentada por aquella pareja de desaprensivos. En cierto modo, Stafford no era el total culpable de lo que había ocurrido en Sybar durante muchos meses.

—Es que el señor Steass y yo teníamos una discusión sobre un tema y queríamos que usted diese un juicio sobre el mismo —dijo Banner, con gran cortesía.

—¿De qué se trata? —preguntó Stafford—. Yo entiendo de muchas cosas.

—El señor Steass dice que no. Yo digo que sí. Digo y afirmo que entre Steass y la señora Beames le han arruinado a usted y ahora toda su fortuna ha pasado a manos de esos dos desaprensivos.

Steass lanzó una exclamación de rabia. Orchid, furiosa, quiso golpearle con la pistola, pero Banner adivinó el gesto y saltó a un lado.

—¡Quietos! —ordenó Stafford—. Señor... ¿cómo se llama usted?

—Banner —contestó el interpelado.

—Señor Banner, ¿es cierto que estoy arruinado?

—Pregúnteselo a su secretario —dijo Banner, mirando a Steass de reojo.

Steass se mordía los labios, lívido de ira.

De pronto, Stafford dijo algo sorprendente:

—De todas formas, no me importa. Aquí tengo todo lo suficiente y yo soy el señor de Sybar, ¿no es cierto, Steass?

—Sí, señor —contestó el secretario, realizando una profunda reverencia.

Stafford se reclinó de nuevo en el sillón y agitó una mano.

—Déjenme, déjenme solo —pidió.

Steass movió la mano armada.

—Vamos, salga, Banner.

El joven miró a Doreen. Ella le hizo un signo de inteligencia.

De repente, antes de que ninguno de los dos pudiera hacer nada, estalló en el exterior un gran griterío.

Sonaron varios tiros. Se oyó el tableteo de una pistola ametralladora.

Orchid se puso pálida.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—La invasión de los bárbaros, que vienen a destruir Roma — contestó Banner, placenteramente.

CAPÍTULO XV

Los gritos seguían en aumento. Stafford, de pronto tiró a un lado la mandolina y se puso en pie de un salto.

—Vienen a destruir mi imperio —dijo con ojos extraviados—. ¡Oh, debo morir yo también!

A Banner, aquellas palabras le hubieran parecido ridículas, de no haber sido por la gravedad de la situación. Quiso moverse, pero Orchid le frenó en seco, encarándole el arma.

—Quieto —ordenó—. Si tus amigos aparecen por aquí, considérate muerto.

—¿Cómo sabes que son mis amigos? —preguntó Banner, irónicamente.

—Lo sospecho —contestó ella, pero de pronto la atención de los cuatro fue desviada por una exclamación de Stafford.

—No quiero que los pretorianos sublevados se ensañen conmigo —dijo melodramáticamente—. Antes que caer en sus manos, prefiero darme muerte por mí mismo.

El griterío era cada vez mayor. Banner, horrorizado, vio que Stafford empuñaba un cuchillo, cuya punta estaba apoyada en su propio cuello.

—Sí, yo moriré para que no me atormenten.

—¡Nadie le hará daño, se lo prometo! —gritó Banner, en un esfuerzo para evitar que Stafford llevase a cabo sus propósitos.

Pero el millonario no pareció haberle oído.

—Debo morir, debo morir —repitió obsesivamente—, pero me causa un miedo espantoso el dolor.

De repente, Orchid dio dos pasos y se acercó a Stafford. Con mano resuelta, pegó un terrible empujón a la de Stafford.

—¡Muere de una vez, maldito estorbo! —gritó descompuestamente.

Doreen lanzó un agudo grito. Stafford cayó al suelo.

Era una escena horrible. Banner pensó que así había muerto también Nerón, mil novecientos años antes.

En medio de todo, se dijo, era un justo castigo por las muertes cometidas en la isla. Sin embargo, los verdaderos culpables estaban aún con vida.

De repente, un hombre apareció en la puerta que daba a la terraza.

—¡Se han vuelto locos! —gritó Gustafson—. Vienen hacia aquí y quieren asesinarlos.

Banner se dispuso para la acción. Gustafson tenía una pistola ametralladora en las manos y, de pronto, se volvió y disparó una ráfaga.

—¡Atrás, malditos! —chilló.

Se oyeron gritos de dolor en la sala de banquetes. El entrenador volvió a hacer fuego de nuevo, pero de repente, alguien disparó una pistola ametralladora.

El cuerpo de Gustafson se agitó horriblemente a medida que las balas penetraban en su carne. De pronto giró sobre sí mismo con terrible violencia y se desplomó de bruces al suelo.

—¡Vamos! —gritó Steass, loco de pánico—. Tenemos que irnos de aquí antes de que sea demasiado tarde.

—Espera —dijo Orchid, ciego por la ira que le poseía—. Primero quiero ajustar una cuenta.

Su pistola apuntó a Banner y emitió un sonoro fogonazo.

Pero la bala no halló su blanco, porque el joven se había echado a un lado cuando adivinó el gesto de la mujer.

Orchid lanzó un grito de rabia y apuntó de nuevo cuando Banner alcanzaba ya su metralleta, caída en el suelo. Entonces fue cuando Doreen empezó a actuar.

La atención de Steass hacia ella se había desviado un tanto, a causa de la petición de Orchid. Veloz como el pensamiento, Doreen agarró el brazo de Steass y le hizo voltear en el aire, lanzándolo con tremendo golpe al centro de la terraza.

Orchid se sobresaltó y su segundo disparo salió desviado. Banner ya tenía la metralleta en las manos.

—¡Suelta la pistola! —gritó.

Pero ella no le hacía caso. Estaba ciega por el ansia de venganza y apretó de nuevo el gatillo.

Banner sintió un doloroso golpe en el hombro. Sus manos se crisparon involuntariamente y la metralleta se incendió con estruendoso crepitar.

La descarga alcanzó de lleno a Orchid, quien retrocedió como empujada por las balas. Agitó los brazos frenéticamente y luego giró sobre sí misma, desplomándose hacia adelante. Al caer, quedó doblada sobre la balaustrada de la terraza.

En aquel instante, varios individuos aparecieron en la terraza. Todos ellos estaban armados.

Steass enloqueció de pavor al verlos. Se había puesto ya en pie y corrió hacia el borde de la terraza, poniéndose en pie sobre la balaustrada, con ánimo de saltar al patio.

Abajo sonó el tableteo de una ametralladora. Steass abrió los brazos.

Estuvo así unos instantes. Luego, como si se echara a volar, cayó hacia adelante. Hasta los oídos de Banner llegó el estremecedor sonido del golpe de un cuerpo humano al estrellarse contra el suelo.

Doreen corrió hacia él y se arrodilló a su lado.

—Tenemos que curarte —dijo, al ver su hombro ensangrentado.

Banner hizo un esfuerzo por sonreír.

—No es gran cosa —contestó.

Palh le dirigió una sonrisa de simpatía.

—Me alegro de que no haya sido grave —dijo.

Wick le guiñó un ojo alegremente. Luego, volviéndose hacia sus compañeros, gritó:

—¡Muchachos, vamos a ver qué encontramos en esta guarida de ladrones!

Los gritos y las risas proseguían desde hacía veinticuatro horas, sin apenas interrupción.

Banner, con el brazo izquierdo en cabestrillo, contemplaba el paisaje desde una de las ventanas. Doreen estaba a su lado.

Por la plaza del poblado se veían continuamente parejas estrechamente abrazadas, que iban y venían en todas direcciones. Era raro el hombre que no llevaba una botella en la mano.

El palacio había sido sometido a un terrible saqueo.

—Pero no han encontrado el dinero —dijo Doreen pensativamente.

—Es lógico. Steass y Orchid lo tenían a buen recaudo en los

bancos de Estados Unidos —contestó Banner.

—Sólo a una mente retorcida como la de Steass podía ocurrírsele una idea semejante —comentó la muchacha.

—Se aprovechó de la enfermiza afición de Stafford —dijo él—. Pero a última hora, creo que se le había contagiado también.

—¿Tú lo crees? —se asombró Doreen.

—Bien, le recuerdo el día del combate entre Palh y Tate. Steass contemplaba la lucha con placer.

Doreen se estremeció.

—Era un sádico —calificó.

—Sí; pero con un cerebro completamente lúcido, porque sólo un hombre como él podía haber creado una organización semejante, para proveer la isla de gladiadores. Y todo lo hacía, tanto para contentar a Stafford y poder así seguir aprovechándose de su fortuna, como para satisfacer sus instintos.

—Y los de Orchid —dijo ella, mirándole de reojo.

Banner se puso colorado.

—Trataba de salvar mi vida —se justificó.

—No es necesario que te excuses. Hiciste lo que creías mejor para ti en aquellos momentos.

—Bien mirado, los hombres que murieron en la arena, pagaron sus culpas, aunque otros tan criminales como ellos quedasen libres. Perdón —exclamó Banner de pronto—; olvidaba que tu hermano...

Doreen movió la cabeza tristemente.

—Elliot era empleado en una de las empresas de Stafford y cometió un desfalco —explicó—. Merecía un castigo, pero no venir a morir aquí a manos de un forajido.

—Steass le debió de obligar a venir a la isla —apuntó él.

—Posiblemente y, casi con toda seguridad, bajo engaño. Pero el que causó su muerte, ha sido castigado ya.

—¿Qué le sucederá a la señora Stebbins?

—En cierto modo, ella alegrará que no sabía lo que pasaba en la isla, y es lo más probable que así haya sido. Ella sólo proporcionaba mujeres jóvenes y hermosas para que trabajasen de... «azafatas».

—Si eso no es trata de blancas... —Banner se quedó pensativo unos instantes y luego dijo—: Sybar. El anterior nombre de la isla era Wall Key. ¿Por qué le cambiaron el nombre?

—Sybar es una abreviatura de Sybaris, la ciudad de la

antigüedad cuyos habitantes se dedicaban exclusivamente a gozar de los placeres más refinados. De ahí viene el calificativo de sibarita.

—Comprendo. Una humorada más de Steass, ¿no?

Doreen asintió. Los gritos y las risas seguían sonando en el exterior.

De pronto, aquellos sonidos empezaron a apagarse, hasta quedar extinguidos por completo. Todos los que estaban en la plaza se detuvieron y cesaron en sus risas y cánticos de beodos.

Hombres de blanco, con fusil y bayoneta calada, aparecían por todos los rincones, caminando con precauciones. Al verlos, Banner lanzó un suspiro de alivio.

—Bien, por fortuna, la Royal Navy acaba de hacer presencia —dijo.

—Es la respuesta a los mensajes de radio que enviaste ayer.

Los brazos de los exgladiadores se alzaban solos en señal de rendición. Banner se puso en pie y enlazó a Doreen por la cintura.

—Vamos —dijo—; tenemos que dar muchas explicaciones al comandante de la fuerza.

Doreen le miró y sonrió.

—Luego me las darás a mí —dijo.

—¿A ti? —se extrañó él.

—Sí. Pero no tengo prisa, querido.

Banner sonrió también.

—Estoy dispuesto a darte explicaciones durante el resto de mis días —prometió.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

